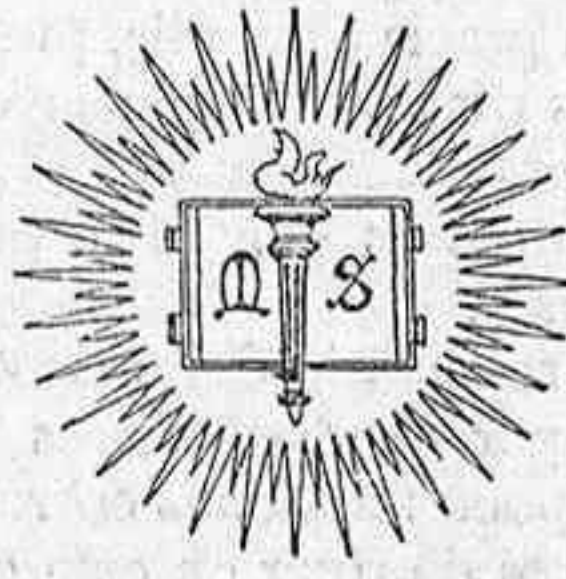


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXIII

← BARCELONA 3 DE OCTUBRE DE 1904 →

NÚM. 1.188



GOETHE MORIBUNDO, escultura de Gustavo Eberlein

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *República Argentina. Buenos Aires. Arsenal de la Marina*, por Justo Solsona. — *Superioridad*, por Mariano Garnier. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Bellas Artes*. — *Problema de ajedrez*. — *La Zarzalera*, novela ilustrada (continuación). — *Boles de vela terrestres*, por Vivian Carter. — *El salto de la cuerda y la natación como ejercicios*. — *El olfato de las aves*.

Grabados.—*Goethe moribundo*, escultura de Gustavo Eberlein. — Vista panorámica del Arsenal de Marina de Buenos Aires y de las escuelas, secciones y talleres que contiene. — *Contraalmirante D. Atilio B. Barilari*. — *Plegaria*, dibujo de José Juliana. — *Carmen*, cuadro de Cecilio Pla. — *Guerra ruso japonesa. Llegada a Mukden de un tren de la Cruz Roja ruso*, dibujo de F. G. Waugh. — *Un tren de municiones cruzándose con otro que conduce heridos*, dibujo de W. Russell Flint. — *Homenaje a los muertos. El general Kuroki y su estado mayor saludando los cadáveres de los que murieron en el campo de batalla*, dibujo de W. Hatherell. — *El príncipe Herbertho Bismarck*. — *Boles de vela terrestres*. — *Maniobras de caballería*, cuadro de José Cusachs.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando les digo á ustedes que sea moderna ó sea antigua la invención de la taberna, convendría y, mejor aún, urgiría que estos establecimientos, cantados por Baltasar del Alcázar, estuviesen tan cerrados en domingo como lo está la Biblioteca Nacional toda la semana por las tardes de todo el año...

Esto sucedió la noche del domingo 18 de septiembre, y no en los ranchos de los buscadores de oro, en el Klondyke, sino en una calle de Madrid.

Entró una partida de quince salvajes sueltos ó kunguses en una casa de beber; pidió vino, se ignora si de lo nuevo ó de lo viejo; pero á diferencia del poeta, que bebía, pagaba y se iba contento, estos bebedores, como el hermano del tabernero les indicase algo relacionado con la indispensable fórmula de pagar, se concertaron para zurrarle. Apedrearonle en efecto con vasos, botellas, frascos, taburetes. Huyó, maltrecho, por una puerta de escape. Acordaron entonces proseguir el juego con el medidor, un chiquillo. Les salió la pascua en viernes: el rapaz cogió un revólver y disparó con buena puntería. Hirió á dos, mortalmente. Entre tanto, los demás malhechores rompían cuanto encontraban. El público, que se aglomeró, quería, según leo en la prensa, linchar á los kunguses... digo, á los organilleros (pues resulta que los de la bronca pertenecían á esa categoría de *artistas* mecánicos, que cuando no pueden hacer añicos los oídos pacientes, se dedican á hacer cachos las tabernas y los taberneros); pero el público rara vez pone por obra los buenos propósitos que concibe, y á nadie se ha linchado aquí todavía por bruto. Les dejaron, pues, irse tranquilamente, al juzgado los sanos, al hospital los heridos (salvo bastantes alborotadores que se dieron á la fuga), y ahora sólo faltará que al pobre chico medidor, que en legítima defensa manejó el revólver, me le soplen en presidio, cuando merece, por templado y justiciero, una recompensa cívica.

De esta trapatista echan la culpa al descanso dominical. Sí; tiene la culpa el descanso dominical... con tabernas francas, y tiene también la culpa la detestable impunidad en que se dejan estos delitos (me refiero á los que cometieron los asaltantes de la casa de beber, porque el muchacho que disparó no ha cometido delito alguno).

Aquí, en el campo, todo esto y mucho más queda sin castigo absolutamente. Hace pocas noches se retiraba de nuestra casa, á las once, por la carretera, un amigo nuestro, que no llevaba armas, que no soñaba que nadie le acometiese. Cerca de Betanzos cruzó por encima de su cabeza, silbó en sus oídos, una verdadera lluvia de proyectiles. Disparaban contra él. ¿Por qué? ¿Por venganza? ¿Por odio? Nada de eso. Pura y simplemente por *sport*... Es la diversión favorita de nuestros mozalbetes aldeanos: comprar un revólver y tirar... Si hacen blanco, cobardemente negarán que fueron ellos, y entregarán á las mozas el arma, para que entre su ropa la oculten. Si no hacen más que asustar al señorito, ¡qué risa! ¡Cosa más chusca! Y, que den ó que no den, ninguna responsabilidad se les sigue: así como á nadie linchan por bruto, á nadie he visto perseguir en justicia por disparar, en el camino real, el revólver, la pistola ó la escopeta.

El sábado pasado jugábamos al tresillo, de noche, á la luz de los focos de acetileno, en la terraza de las Torres de Meirás, al aire libre. Nos recogimos, porque oímos en la carretera que los marroquíes corrían la pólvora..., digo, la bala.

No se le debe echar la culpa de todo á leyes de descanso: la indolencia en la represión de infinidad de transgresiones de la ley también se ha de tomar

en cuenta. Mientras no eduquen, repriman, ¿á qué asustarse tanto de un cartucho de dinamita? Al que le clavan una bala por casualidad, por recreo, por donosa chanza, no sé yo qué podrían hacerle de peor todos los anarquistas del universo.

El maestro Domínguez, que vive de contar cuentos, ignora si con gracia ó sin ella, pues no le he oído nunca, anda estos días por la tierra gallega refiriendo sus historietas andaluzas, y recogiendo aplausos, amén de los honorarios que se le deben, en abono de su labor artística.

Dicen que el repertorio del maestro es un tanto color del prado por abril de flores lleno (salvo las flores) y que tampoco faltan sus correspondientes escatologías, como es de rigor en esta clase de recreos para hombres solos.

El ideal de la humanidad culta es que no estén solos los hombres jamás, porque, lo mismo que los niños, en estando solos, no hacen más que cosas diabólicas... ó simplezas.

Sea como quiera, la silueta del maestro Domínguez, bordando su cuentecillo, nos retrotrae á las edades en que iban de castillo en castillo y de alquería en alquería el juglar ó el trovero cantando y diciendo *fabliaux*, no mucho más severos ni más pulcros que las historias con sal y pimienta picante de este decidor.

Sólo que hoy, en cualquier parte, se encuentra un individuo de buena sombra que haga la competencia al maestro y haga desfilar la «foresta de los chistes» entreteniéndolo de balde, y en el tiempo de los castillos almenados y los puentes levadizos, escaseaba la sociabilidad y al juglar errante se le recibía como caído del cielo.

Domínguez no va de castillo en castillo, sino de Casino en Casino, de timba en timba, y así sostiene su especialidad, que va teniendo pocos entusiastas.

Por fortuna, la afición á lo verde y á lo... (¿qué color diré?, más vale que el lector se lo figure), decae, disminuye. Buen síntoma. Y esto no es querer que se muera de hambre el maestro cuentista, que se escudará con aquello de

«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.»

Viene á mis manos la biografía y estudio crítico de un excelente artista español que acaba de desaparecer, Daniel Vierge, y se evoca la figura del dibujante ilustre.

El ensayo es obra de otro español cultísimo, buen literato, exacto y verídico además, que conoció y quiso muy de veras á Urrabieta Vierge; de D. Leopoldo García Ramón, apasionado amigo del artista. Podemos aceptar este ensayo como documento y extraer de él una sucinta noticia sobre el gran dibujante.

Sabemos que era, á pesar del apellido Vierge que suena á francés, y por el cual se le suele designar, aun cuando es el materno, español por los cuatro costados, hijo del fecundo ilustrador Urrabieta, y que los modelos de su personalidad artística fueron dos genios tan españoles como Goya y Velázquez; que desde los diez y ocho años dibujó apasionadamente; que tuvo la mocedad de un exuberante y alegre bohemio, que producía y producía entre risas y explosiones de buen humor, sin agotar su vena, sin necesidad de modelo, por tanto y tanto como había estudiado el natural, y que de memoria apuntaba el esbozo más extraño, la actitud más difícil. Su facilidad era la misma de su padre, incansable trabajador en *Museos*, novelas, *Ilustraciones* y publicaciones de todo linaje; pero el hijo volaba más alto, poseía facultades superiores, y no es extraño que Edmundo de Goncourt, autoridad en estas materias, dijese un día del mozo dibujante español: «*Ce gaillard là est en train de changer la façon de dessiner.*»

Y sabemos también, y pudiéramos adivinarlo, que, como tantos otros, Vierge veía en su aptitud preferente, su aptitud de ilustrador, tarea propicia para ganarse el pan, reservando sus ensueños de hermosura y perfección para cuando, rico ya, pudiese pintar á su sabor lo que quisiera.

La ironía de la suerte hace que mientras se prepara así lo venidero, creyendo que está delante la gloria, la gloria, retozona, burlesca, quede ya atrás, entre las esfumaduras del pasado.

La gloria, para Urrabieta Vierge, venía envuelta entre lo castizo de su lápiz, que hace de él el gran ilustrador de los narradores picarescos españoles y del *Quijote*, lo cual es decirlo todo tocante á casticismo y fondo nacional. Hecho curioso, nota con razón el biógrafo, si se tiene en cuenta que Vierge dejó á España á los diez y ocho años, que no volvió, y que sólo la retentiva le mostraba esos tipos de arrieros, gitanas, mozas de cántaro, paletos, gañanes, cabreiros, gente popular, del terruño castellano legítimo.

Vierge trabajó principalmente para el *Monde* y *The Graphic* y en ilustrar infinitas obras, algunas verdaderamente monumentales, y prodigó su lápiz con ese derrochar impaciente de los temperamentos opulentos, de las naturalezas poderosas. Su creación era incitante, y la llevaba con alegría, porque era de los artistas equilibrados, que los hay, y son á veces los mayores, diga lo que quiera el atropellador Lombroso. Gozaba de salud y de feliz humor; la neurosis no había hecho presa en él. Era también, nos dice su biógrafo, ni gastador ni desprevencido de lo muy necesario que resulta el pícaro dinero—virtud y sensatez, no defecto reprehensible en nadie, y tampoco en el artista, que puede, de la noche á la mañana, verse enfermo, sin recursos y desamparado.

Parece la biografía de Vierge la de un hombre completamente feliz; pero el desquite de la fatalidad llega más temprano ó más tarde; para él, bien temprano por cierto. Aterra leer que á los treinta años de edad, sin haber tenido vicios, sin haber cometido excesos, sin explicación por los antecedentes, se durmió sano y se despertó paralizado, hemipléjico. Por fortuna no se hizo cargo de que era incurable su mal, á pesar de habérselo sentenciado Charcot, en su misma cara, con brutal franqueza propia de una clínica, y vivió de esperanzas muchos años, repitiendo como si fuese un santo mortificado: «Paciencia.»

Afásico, habiendo olvidado, como se olvida en ese terrible padecimiento, las palabras, el lenguaje, en parte ó en todo, no había olvidado las líneas ni las formas, y para pedir algo, lo delineaba en un papel.

Dibujaba con la mano izquierda, paralizada la derecha. Poco á poco adquirió habilidad de zurdo, hasta que logró substituir la mano hábil con la inútil generalmente, con la que, por incomprensible anomalía de la educación, prohíben usar desde la escuela á los chicos—y así ganó, no sólo poder vivir, sino combatir la desesperación que en artista tan metido en su profesión había de generar el ocio forzado.

Como pintor, indicaba, según dicen, excepcionales condiciones, que su desgracia no le dió tiempo á revelar. Esperaba á ejecutar la ilustración del *Gil Blas*, espléndidamente pagada, para acometer la pintura, renunciando ya á la ilustración. La suerte quería que fuese dibujante, dibujante nada más. Y al cabo, ¿no pudiera ser un mediano pintor? Como dibujante fué una lumbrera. Basta.

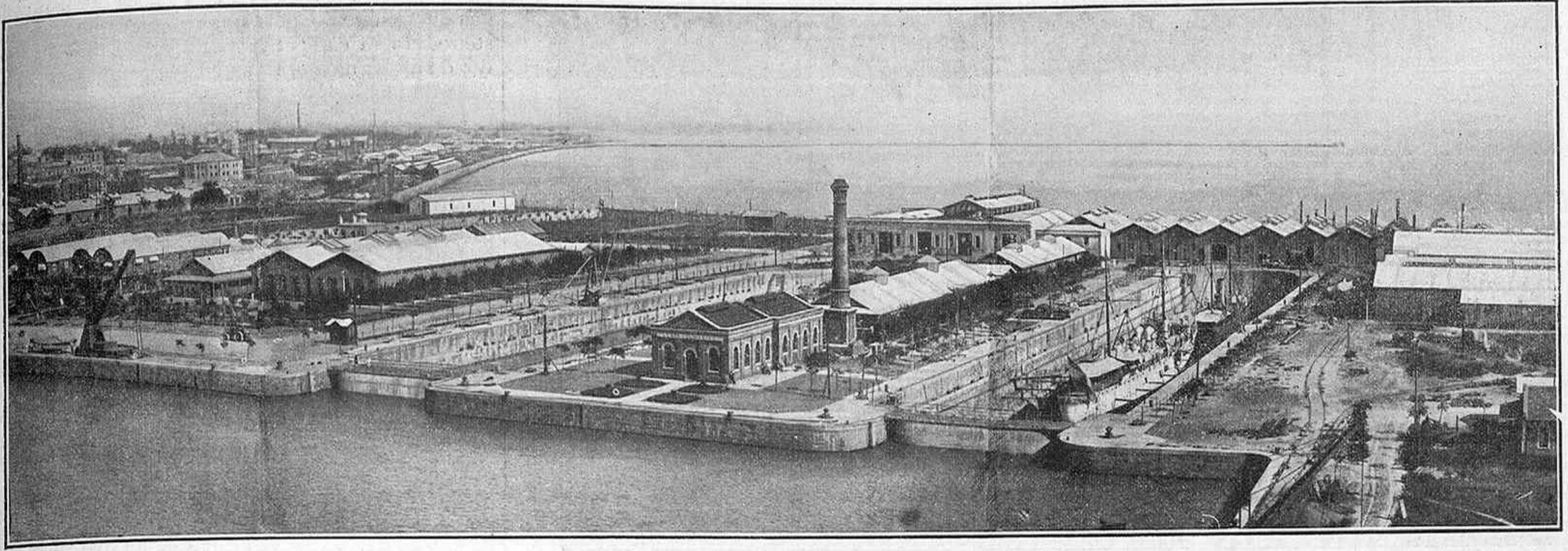
Hay siempre en el destino algo que nos hace dudar de nosotros mismos, y no atribuir lo bueno ó lo malo que pueda habernos advenido, no á la fuerza poderosa y acerada de nuestra voluntad, sino á leyes secretas cuya imperiosa acción sufrimos, sin ser capaces de eludirla, entre otras razones porque, vendados, no la sospechamos siquiera. Estas reflexiones sugiere la biografía de un artista de facultades tan poco comunes como las de Vierge, poseedor además de algunas dotes que suelen salvar á los modestos burgueses de escollos en que los progenieros naufragan; y sin embargo, en plena juventud, Vierge sucumbe á la menos esperada catástrofe, á inexplicable golpe. Se saltan precipicios, se salvan y escalan montañas al parecer inaccesibles, se asciende á las nubes, se cruza el Océano..., y se tropieza en una arena, la gotita de sangre en la masa encefálica, menos aún, la presión de una membrana inflamada sobre los sesos... El atleta cae vencido para siempre. Ya no volará: se arrastrará fatigoso, en espera de la muerte, que acecha, que amenaza á cada hora. «No somos nada», dirá el cristiano; y uniéndose á él en un profundo sentimiento, mal grado las diferencias de credo, repetirá el musulmán: «Sólo Alá es grande.»

Otro que no llegó á dar su medida, y perdónese el galicismo por lo bien que expresa la idea, es Angel Ganivet, autor de un drama que acabo de recibir, y que lleva un bello título entre calderoniano y simbolista: *El escultor de su alma*.

Ganivet tiene, no ya admiradores, fanáticos: el misterio de su desgraciada y prematura muerte, ocurrida tan lejos de España, ha contribuido quizás á rodearle de aureola. Había empezado á corresponder conmigo hacia esa época justamente: poseo una carta suya muy larga é interesante, de la semana anterior á su desaparición del mundo de los vivos, y no hay en ella nada que indique trastorno ni perturbación: al contrario, es serena y discreta.

Si algún día ocurre, hablaré de este escritor á quien eleva altares la juventud, y estudiaré las razones de tal endiosamiento. Hoy no hago sino mirar, compadecida y penetrada, esos dos libros que traen á la memoria dos nombres con halo de melancolías mayores que otras melancolías contemporáneas: la biografía de Vierge, el drama póstumo de Ganivet. *Sunt lacrimae rerum...*

EMILIA PARDO BAZÁN.



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—ARSENAL DE MARINA.—VISTA PANORÁMICA

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES
ARSENAL DE MARINA

En los modernos tiempos, las naciones conscientes de la capital importancia de las escuadras navales, no sólo se preocupan del estudio y perfeccionamiento de las unidades de combate, de la organización de las divisiones, del movimiento y oportuna utilidad de los distintos tipos, sino también de poseer excelentes arsenales dotados de todas las cualidades indispensables de seguridad, medios, útiles y facilidades rápidas para construir y reparar como complemento forzoso y casi primordial, para sostener y valorar constantemente el poderío marítimo, base de respeto, de temor y de derecho, ya que no de razón, de justicia y de amor entre los humanos pobladores de la superficie del terrenal planeta.

La República Argentina, como futura potencia marítima, empieza a darse cuenta de la axiomática verdad apuntada en las líneas anteriores; y si puede decirse que está todavía en los comienzos de su desarrollo económico-político-social, no descuida lo que debe ser, en no lejanos tiempos, salvaguardia de su soberanía y defensa de sus extensas costas.

Los peligros pasados en su cuestión con Chile, y los tristes ejemplos posteriores, hanle, al parecer, despertado de su apatía; y con aparente calma prepara elementos construyendo diques, arsenales y puertos militares donde reparar, defender y más tarde construir esas máquinas flotantes, pudiendo adoptar la última palabra de la arquitectura naval y del arte de la guerra, no ignorando que esa última palabra resulta vieja a los pocos años, por lo que es preciso estar siempre preparado a la evolución constante de la ciencia de matar y destruir.

El arsenal que nos ocupa es de construcción reciente. Data del año 1897, y está situado al Norte y Este de la dársena Norte del puerto de Buenos Aires, ocupando una superficie de *ciento siete mil metros cuadrados*. La situación y condiciones del terreno son admirables bajo los aspectos militar e higiénico, estando servidas todas las dependencias por abundante agua corriente, amén de la del propio río de la Plata. Su recinto no parece lugar de trabajo y de constante actividad, sino de recreo y de reposo, por estar aprovechados todos los espacios por jardines y arbolado.

Los talleres ocupan actualmente *diez y nueve* grandes galpones en almacenes, carpintería blanca y de ribera, aserradero, calderería, cordería, herrería, fundición, montaje, mecánica, electricidad, etc., y próximos a terminarse los destinados a fundición de hierro, depósito de modelos, galvanoplastia y fotografía. Además hay los edificios para máquinas hidráulicas y de vapor, fábrica eléctrica, pruebas de electricidad, etc., y los destinados a viviendas, a oficinas y a clases.

El número de obreros en tiempo normal alcanza a 500, sin contar los aprendices mecánicos y foguistas, cuyas escuelas están en el mismo recinto, lo propio que la de náutica para aspirantes a pilotos.

Los diques de carena son dos, situados perpendicularmente al muelle de la dársena citada. El del Oeste tiene 150 metros de largo ó eslora, resultando útiles 132; el del Este, 180 y 162 respectivamente, siendo en ambos igual la luz de entrada, 20 metros, y

superior, 28, de manga ó transversal; llegando la altura ó puntal, del coronamiento al piso, a 11 metros; siendo el declive de 3 por 100 y sobresaliendo los picaderos 80 centímetros, dimensiones que permiten la entrada á embarcaciones de gran porte y tonelaje. Las compuertas pesan 420.000 kilos al lastre, y el agua necesaria para moverlas 15.000.

La maquinaria para el agotamiento se compone de dos bombas centrífugas de eje vertical, movidas por dos motores de alta y baja presión, y otras dos menores para mantenerlos en seco.

No estando ocupados por buques de guerra nacionales, se permite la entrada á los de otras naciones y á los mercantes, pagando una doble tarifa en concepto de derechos de entrada y de permanencia. Rin-



CONTRAALMIRANTE D. ATILIO S. BARILARI,
Director general del Arsenal de Marina

den excelentes resultados al Estado, que casi pagan los gastos generales de conservación y mantenimiento, incluso los de las Escuelas.

De la dirección general, con el título de «Jefe de Talleres y Arsenales de Marina», está encargado el señor contraalmirante D. Atilio S. Barilari, alma de esta obra magna por la organización entendida y sabia administración impuesta á todas las múltiples dependencias. Las condiciones superiores como hombre de ciencia, de estudio, de mando, acompañadas de rectitud y adornadas de franca caballerosidad, forman un conjunto de cualidades que cautivan y conquistan las voluntades y afectos de sus subordinados, resultando orden y disciplina irreprochables, cumpliéndose el trabajo y la ordenanza con gusto y con amor por todos.

El contraalmirante Sr. Barilari nació en la ciudad de Bahía Blanca, sobre la costa del Atlántico, y cuenta actualmente cuarenta y siete años. A los trece entró de aspirante á guardia marina, ganando todos sus grados en acciones de guerra y en el desempeño de

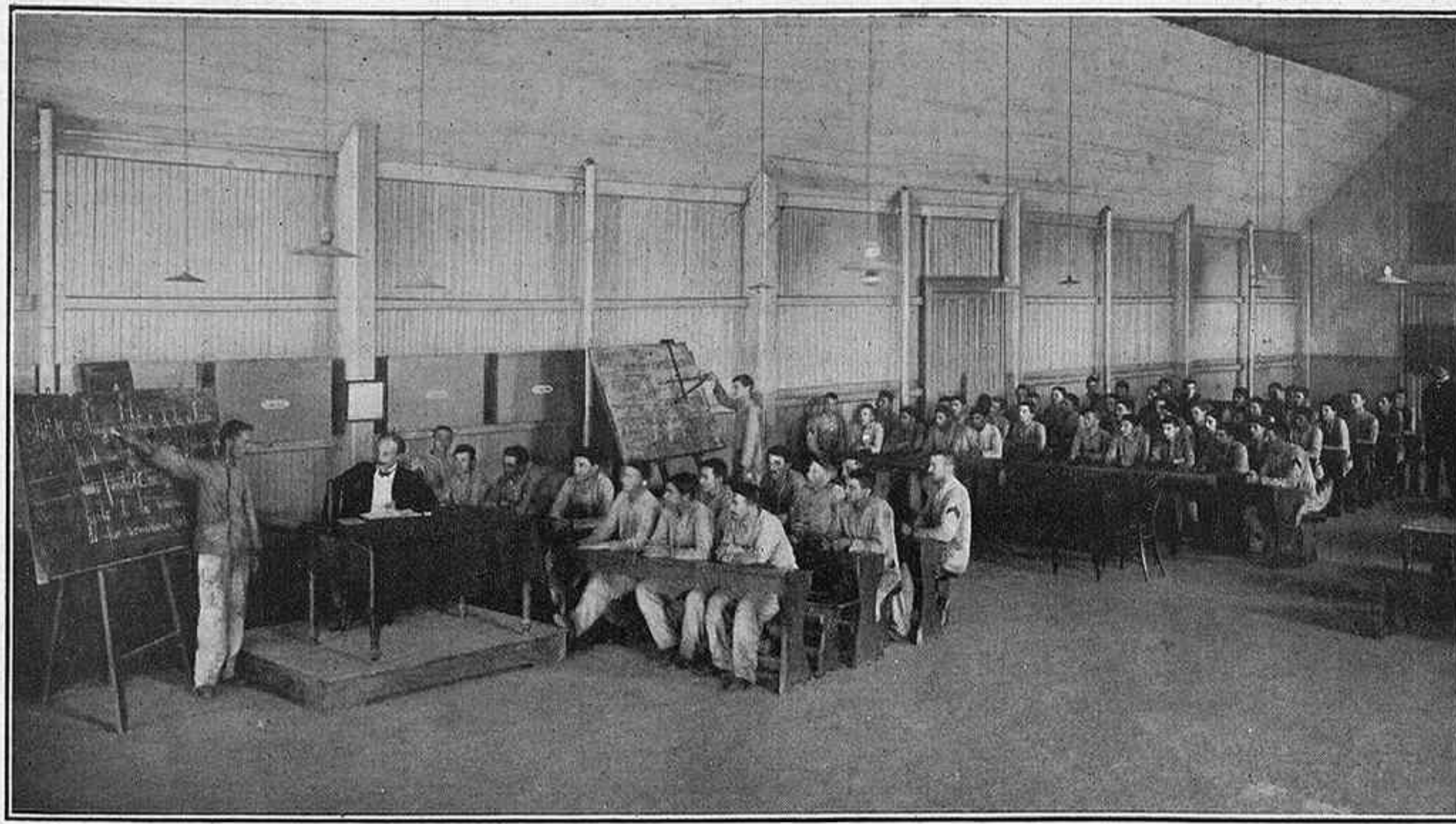
comisiones delicadas. En 1890 fué gravemente herido á bordo de la *Maipú*, buque que mandaba, al querer sofocar la sublevación de los tripulantes afiliados á la revolución. Pasados los luctuosos sucesos fué ascendido á capitán de fragata, y desde entonces figura en primera línea en cuanto á la marina atañe. Su opinión y consejo son siempre escuchados y atendidos.

En 1895, siendo capitán de navío, fué nombrado jefe de la escuadra con amplias atribuciones para desarrollar un programa de Instrucción, resultando tan brillante que hoy constituye el verdadero nervio y fuerza de la institución naval argentina. Actuación tan acertada llevóle á la jefatura del Estado Mayor del Ministerio de Marina, creado al hacerse cargo de la actual presidencia el teniente general D. Julio A. Roca, contribuyendo á la organización definitiva de la marina durante aquel período de tirantez con Chile. Pasó después á encargarse del mando de la división del Atlántico, compuesta de las principales naves de guerra argentinas, ascendiéndosele al cargo actual de contraalmirante. Cuando la famosa revista naval frente á «Mar del Plata» estuvo toda la escuadra, compuesta de cinco divisiones, bajo sus órdenes, causando admiración á propios y extraños la táctica, exactas evoluciones, corrección y disciplina de todas las unidades de combate, grandes y chicas, y de todos sus tripulantes, mereciendo entusiastas felicitaciones.

Desaparecidas totalmente las diferencias con la nación vecina, desembarcó para encargarse de la organización y dirección de los «Talleres y Arsenales de Marina», que en tan poco tiempo ha colocado á la altura de los mejores establecimientos similares.

El nombre ya preclaro del señor contraalmirante D. Atilio S. Barilari suena como candidato á la cartera de Marina en el primer ministerio del futuro presidente D. Manuel Quintana, que inaugurará su período el próximo 12 de octubre. Si resulta un hecho, la República en general y la Marina en particular estarán de enhorabuena.

No terminaremos esta reseña sin mencionar la Escuela de aprendices mecánicos y foguistas y la de pilotos, que en lo futuro constituirán un nervio poderoso de la gran familia naval argentina. Para la dirección y enseñanza, el Sr. D. Atilio S. Barilari cuenta con la plana mayor: comandante director, capitán de fragata D. Eduardo Muscari; segundo, teniente de fragata D. Miguel Ferreira, y oficial, alférez de navío D. Adrián del Busto. La sección de mecánicos está á cargo del oficial maquinista de segunda D. Emilio Baduell Mestres, paisano nuestro; y la de foguistas al de igual categoría don Antonio M. Negrette. El personal civil lo forman dos profesores diplomados, otro de dibujo, tres ayudantes, otro de máquinas, otro electricista, etc., etc., porque la enseñanza de estos aprendices—en número máximo de 80—se les da completa: gramática, aritmética, historia, álgebra, dibujo lineal y superior de máquinas y la concerniente á la práctica. Esta comprende desde los primeros trabajos de lima y cortafío, hasta el montaje y movimiento de máquinas de distintos sistemas, pasando por la fundición, herrería, calderería, tubería, tornería, ajustaje y práctica de buzos, amén de la enseñanza militar. El Estado les da todo gratis: ropa interior, de cama, toallas, de baño, de trabajo, traje de paseo, útiles de escritorio, de dibujo, libros de enseñanza, cuadernos, etc., ma-



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - ARSENAL DE MARINA. - Escuela de aprendices mecánicos
Clases de gramática, aritmética, álgebra y geometría

nutención completa y tres pesos mensuales como remuneración para sus gastos menores.

Terminados los estudios—cinco años,—los aprobados en exámenes orales, escritos y prácticos, ingresan en la armada nacional en clase de «mecánicos cuartos», con sueldo mensual de 120 pesos. A los tres años, habiendo navegado 15.000 millas y previo examen, pasan a «mecánicos terceros»—oficiales de mar—aumentando el sueldo a 150 pesos. Para ascender a segundo se requieren cuatro años desempeñando el grado inmediato inferior y haber navegado 20.000 millas: sueldo, 175 pesos. Después de otros cuatro años de navegación en su cargo, desempeñando durante dos el de maquinistas en buques pequeños, ascienden a «primeros» con el sueldo de 200 pesos. Y más tarde pasarán a oficiales maquinistas cuando el crecimiento y evolución natural de la marina los haga necesarios, resultando mecánicos-maquinistas con amplia instrucción en quienes podrá confiar la Nación, sobre todo si la Escuela va adoptando los adelantos e innovaciones científicas y mecánicas, como es de esperar de dirección tan celosa, inteligente y patriótica.

Los foguistas firman compromiso de servir, cuando menos, dos años en la armada, una vez recibida su patente. La instrucción, en general, es semejante a la de los mecánicos; pero la práctica difiere, pues su principal objeto son las fogainas, calderas, tuberías, calderería, etc., etc.

Realizan la práctica en los vapores de la poderosa empresa de D. Nicolás Mihanovich y en la Compañía Hamburguesa, que efectúa la carrera a las costas del Sur. En estos vapores navegan hasta tener 400 horas de labor en los fuegos, y después de examen pasan a los transportes de la armada, donde demuestran su competencia.

La de pilotos está constituida sobre base parecida con respecto a facilidades y protección del Estado. Los estudios náuticos duran tres años, estando las clases superiores de trigonometría, cosmografía, cálculos astronómicos, maniobras, topografía, hidrografía, construcción, máquinas, etc., a cargo de oficiales de la armada, y los de gramática, aritmética, álgebra, historia, geografía, idiomas, códigos, etc., al de personal civil.

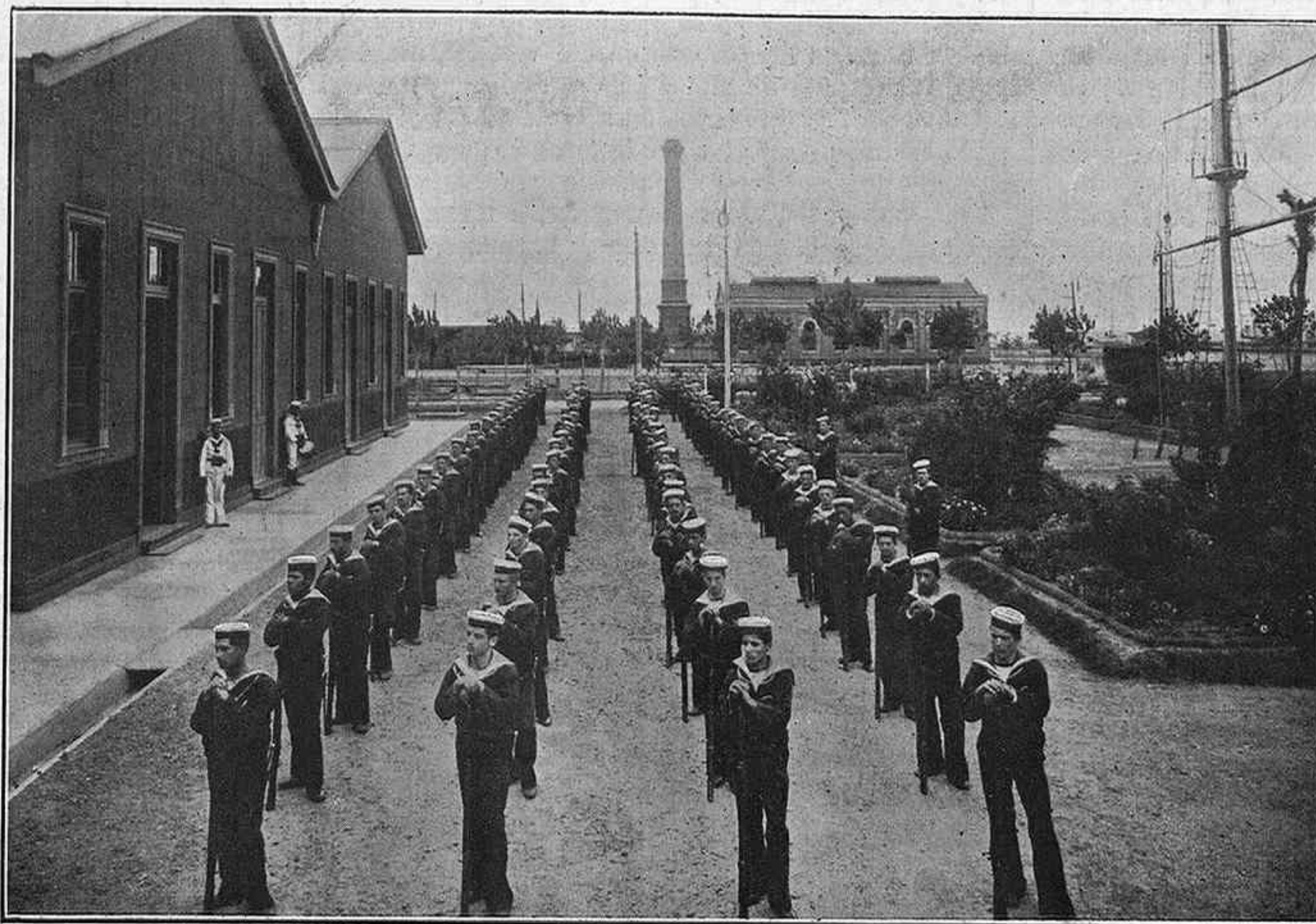
La nación argentina, conservando florecientes tales instituciones, echa cimientos ciclópeos a su futura grandeza; porque los tiempos venideros serán como los pasados: de eterna lucha.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, 1904.

SUPERIORIDAD

Era un idilio, de escaleras abajo, pero idilio al fin. Ella, camarera de una señora encopetada; él, cabo



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - ARSENAL DE MARINA. - Escuela de aprendices mecánicos y fognistas para la armada. Los aprendices haciendo ejercicios militares frente la escuela

de un batallón de cazadores de guarnición en Madrid.

Eso sí: había razones para que existiera el idilio. Martina, delgadita, de bien formado cuerpo, rubia,

de él, que se retorció el negro bigotillo con jactancia de su persona.

Hablaban de cualquier cosa; pero aunque fuese de la menos parecida a galanteos amorosos, ella se

de ojos grandes, cuyas pupilas azules estaban rodeadas de un círculo obscuro; de color transparente y sonrosado su cara; era una mujer de tipo distinguido, de andar airoso, firme en sus resoluciones y elevada de ideas.

Hubiera podido vestir la ropa de su señorita sin que nadie adivinara su humilde condición.

—Esta chica es más fina que un coral, solía decir su ama. Lástima que no tenga instrucción.

Porque Martina tenía verdadera aversión a los libros, a los periódicos y a todo lo que tuviera garabatos en forma de letras.

Su novio, el cabo Medrano, como le conocían en el cuartel, y *Curro*, como le llamaba ella, pasaba por un buen mozo en el barrio, y no pocas muchachas de las de cesta al brazo y más de una hija de industrial enriquecido habían envidiado a Martina la suerte de tener un tan garrido novio.

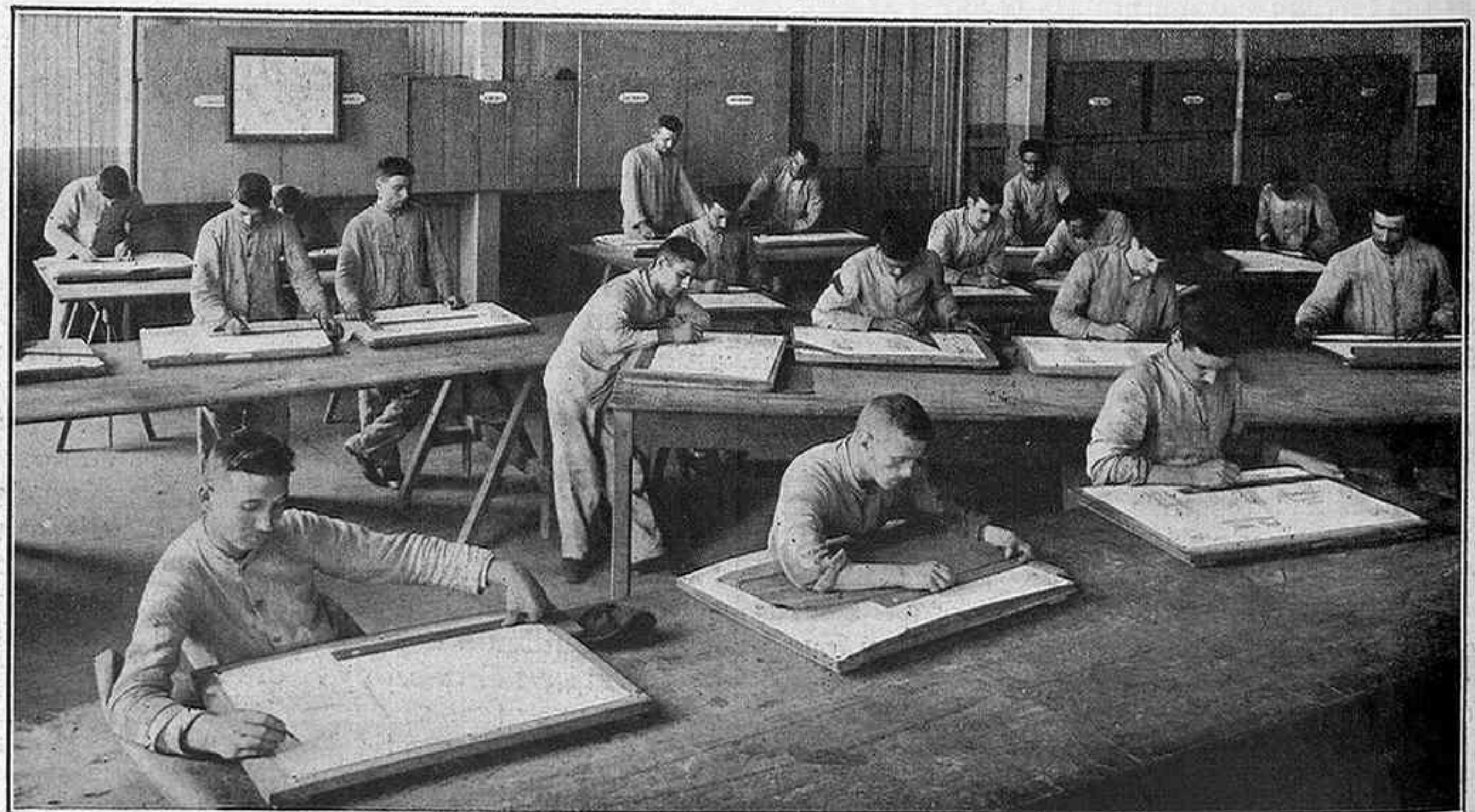
Al contrario que su futura mujer, pues se tenían dada palabra de casamiento, era el cabo un muchacho muy estudioso, que había leído todas las novelas de Fernández y González y de Paul de Kock, a más del «Manual del cabo y sargento», y de su poquito de aritmética y gramática. Sabía casi de corrido lo que sucedió la noche de San Bartolomé y que Faviola murió despedazado por un oso: un verdadero sabio.

Pues bien: el cabo Medrano y Martina se querían mucho, y cuando, cada quince días, al salir ella de casa de su señora, le veía a él esperándola, parado en la esquina, erguido, con la mano derecha enganchada por el pulgar en el cinturón de correa y con

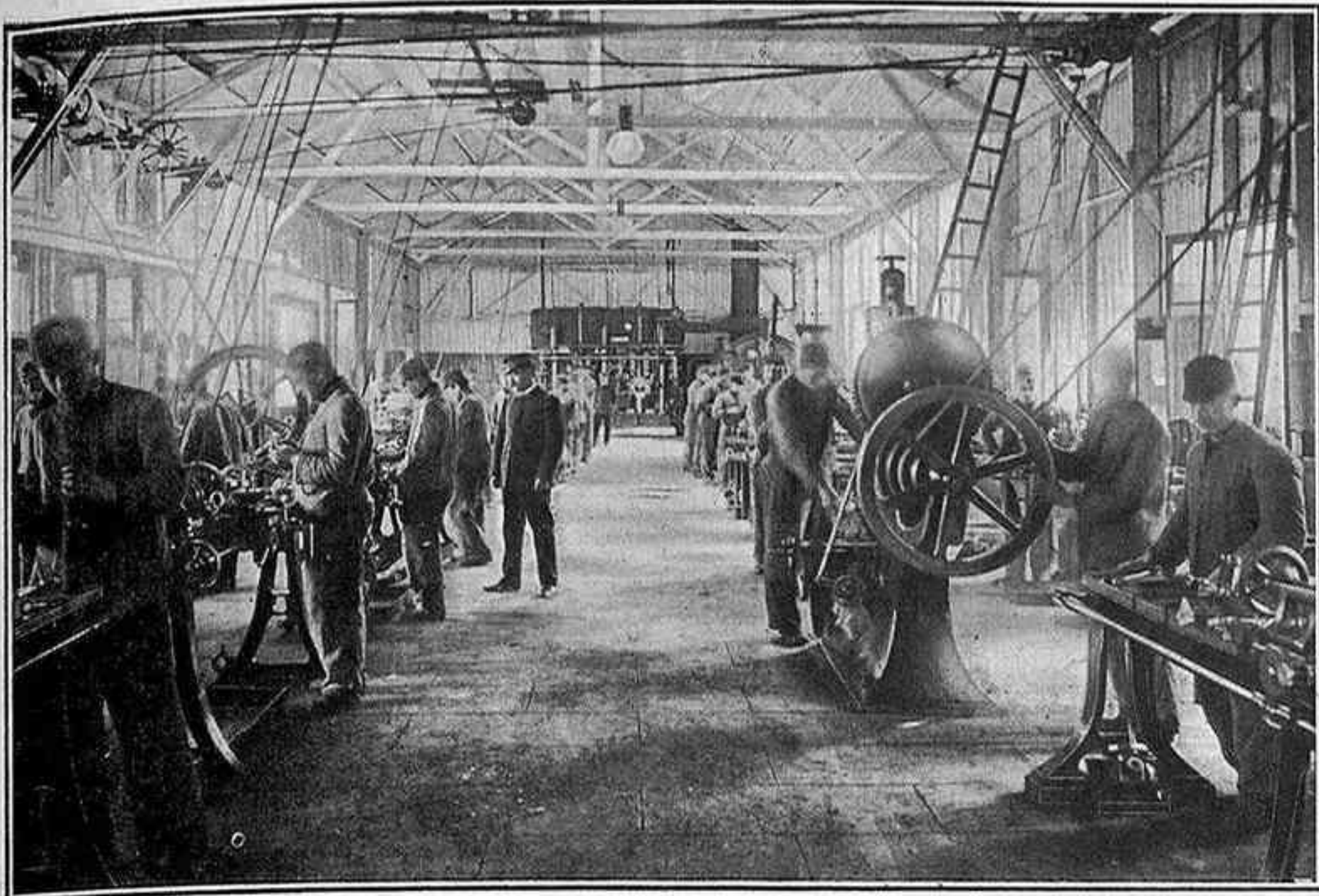
la izquierda dando vueltas inútiles entre los dientes a un cigarro incombustible, le parecía que el corazón iba a salirse del pecho y que durante el paseo que se proponían dar por la Moncloa ó por frente a San Antonio de la Florida la mirarian con celos, no sólo las humildes fregonas, sino las más empingorotadas damas de la aristocracia.

Curro marchaba a su lado muy arrimadito, poniendo muchas veces la cabeza al nivel de la de su novia y un poco hacia adelante para verla bien la cara; pero mirando también con frecuencia a los que pasaban junto a ellos como diciéndoles: «¿Eh? Vean ustedes qué mujer más guapa está loquita por mí,» como enseñan sus sortijones y cadenas de oro macizo los toreros, aun a los que no los queremos ver.

Martina, en efecto, enamorada hasta el fondo de su alma, no dejaba de mirarle con sus interesantes ojos, levantados hasta los



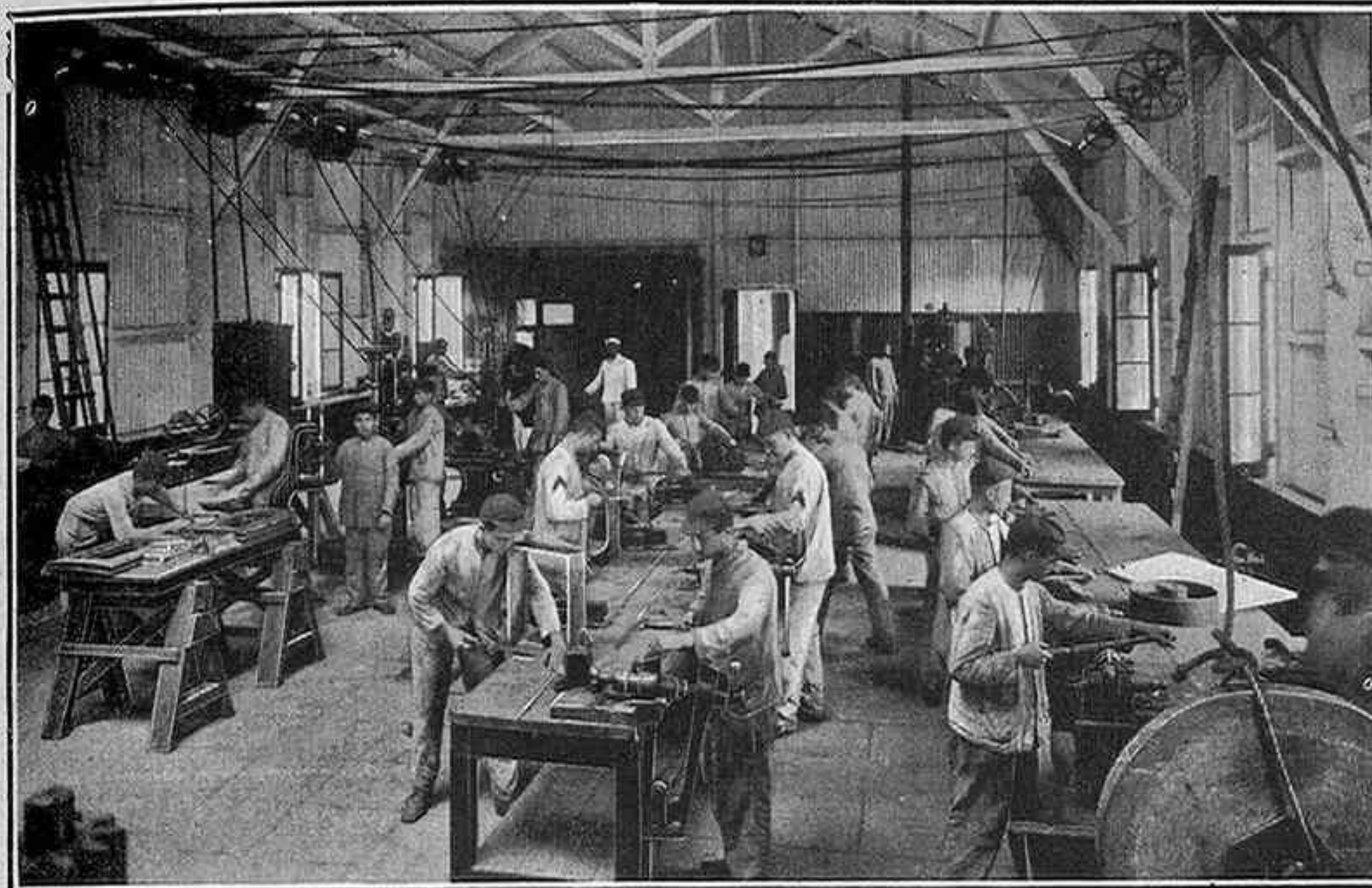
REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - ARSENAL DE MARINA. - Aprendices mecánicos y fognistas. Clase de dibujo



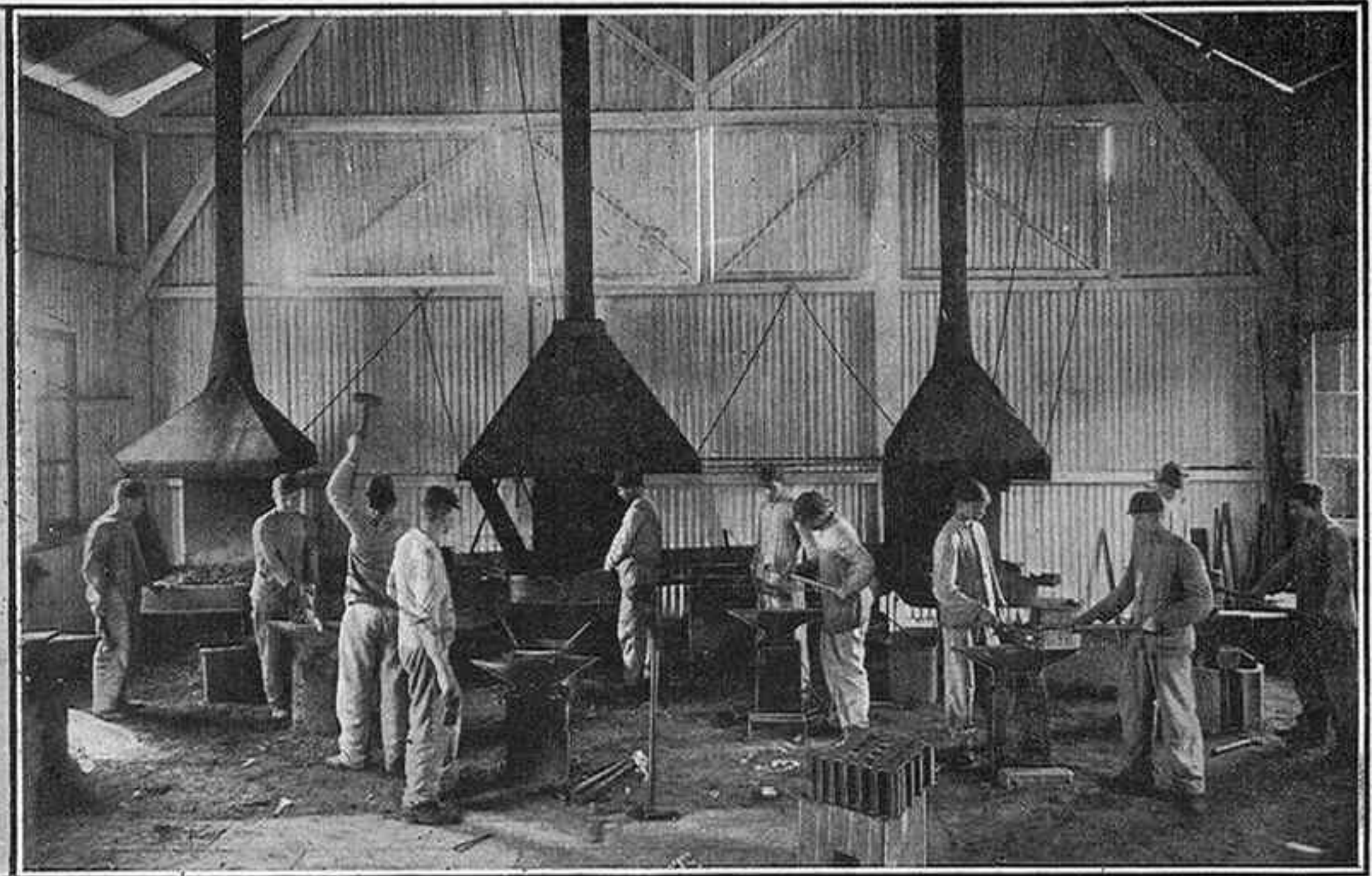
ESCUELA DE MECÁNICOS. VISTA GENERAL DEL TALLER. SECCIONES DE AJUSTAJE, TORNOS Y MONTAJE. APRENDICES DE CUARTO Y QUINTO AÑO



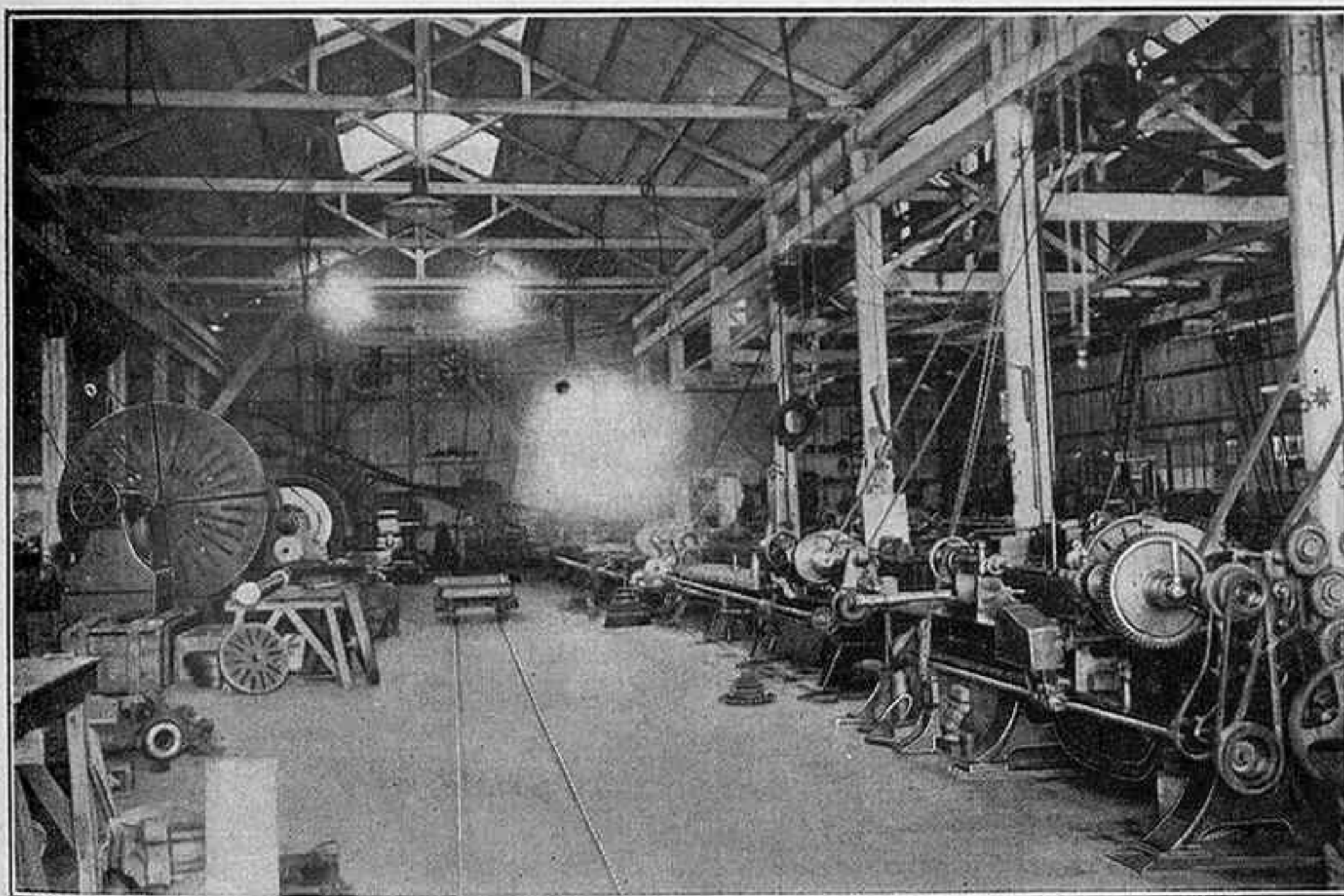
ESCUELA DE MECÁNICOS. SECCIONES DE TORNOS Y MÁQUINAS DIVERSAS Y DE AJUSTAJE APRENDICES DE SEGUNDO Y TERCER AÑO



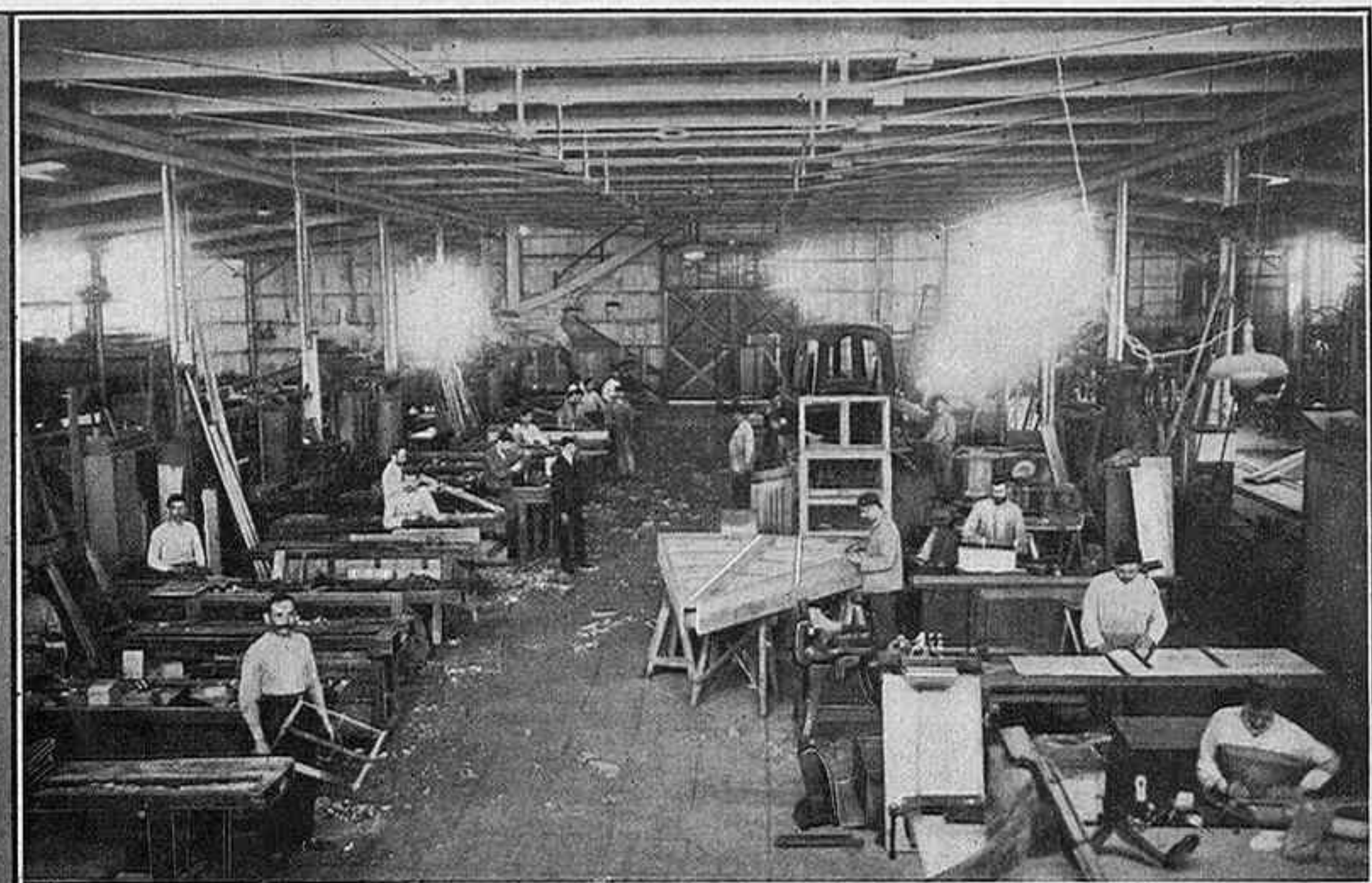
EN LA SECCIÓN DE AJUSTAJE: APRENDICES MECÁNICOS



EN LA SECCIÓN DE FRAGUAS: APRENDICES MECÁNICOS



SECCIÓN DE LOS TALLERES MECÁNICOS (TORNOS)



CARPINTERÍA EN GENERAL



DIQUE DE CARENA DEL OESTE
ESLORA 150 metros, MANGA 22 metros y 7'5 metros PUNTAL



CARPINTEROS Y CALAFATES. - CONSTRUCCIÓN DE EMBARCACIONES MENORES
CARPINTERÍA DE RIBERA

REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES.-ARSENAL DE MARINA

refa embobada, y él guiñando los ojos, como si se tratara de algún travieso requiebro.

—¡Caramba, qué pillín es el cabo!, decían sus compañeros de cuartel cuando los encontraban.

Y esto, si llegaba á sus oídos, le llenaba de orgullo.

Un domingo se planteó una cuestión de verdadera importancia para los enamorados. Curro iba pronto á tomar la absoluta y tendría que marcharse á Andalucía con sus padres.

Se convino, después de algunas lágrimas de Martina, que seguirían por cartas unas relaciones que con tanto gusto habían sostenido los dos. Cuando él obtuviera la plaza de escribiente en la dirección de las minas de hierro que se explotaban cerca de su pueblo, arreglarían los papeles para casarse en seguida. La plaza era cosa hecha: se la habían prometido para cuando cumpliera el tiempo del servicio.

Esto consoló algo á la pobre chica, que soñaba con el día en que retirados de todo el mundo pudieran vivir los dos tan ricamente en su casita de aldea.

Llegó el día en que Medrano la esperó en la esquina para dar el último paseo juntos. Llevaba, asomándole por entre dos botones de la guerrera, un canuto de hoja de lata muy pintarrajeado, sujeto al cuello por un cordón de estambre rojo.

Martina le vió desde lejos y le flaquearon las piernas. Más amarilla que la cera, se acercó despacito.

—¿Cuándo te vas?, le preguntó con voz apagada.

—Mañana temprano.

Aquel paseo fué muy triste. A veces no se dejaban hablar el uno al otro, tal era la prisa que les corría comunicarse sus impresiones. A veces caminaban largo rato silenciosos y sin mirarse.

Cuando llegó la hora de darse el adiós definitivo, dijo Martina:

—Antes de separarnos el uno del otro, quiero jurarte por estas—y cruzó los dedos—que no te olvidaré un instante de mi vida. Que te llevas mi corazón y mi alma, y que aunque pasen cien años te seguiré queriendo como ahora, con todas mis fuerzas, mien-

tras sepa que tú tampoco me olvidas un momento. También te juro por lo más sagrado que si me entero de que has mirado siquiera á otra mujer, ahogo mi cariño y se acaba todo entre los dos. Dios hay en

huyen para siempre de la casa en donde se los han destrozado? Pues yo soy como ellas, yo tengo el nido de mi querer puesto en ti; como lo echas abajo con cualquier traición, nunca volverás á verlo hecho... Acuérdate bien.

No se esperaba seguramente el cabo discurso como el que acababa de oír; ni por las ideas expresadas, ni por la entereza con que había sido pronunciado, cualidades ajenas, según él pensaba, á su inteligencia sin cultivar.

Dió mil seguridades por su parte, y después de una burda imitación de la perorata de la doncella, se despidieron apretándose mucho las manos y pretendiendo darla un beso sin poderlo conseguir.

* * *

Martina había escrito y recibido muchas epístolas de su novio; pero notó que los intervalos que mediaban entre las que ella enviaba y las que remitía él, eran cada vez más largos.

Una tarde, cierta compañera le enseñó una carta enviada desde el pueblo de Medrano, en la que se decía que éste preparaba su boda con la hija de un comerciante de allá.

La pobre Martina sufrió mucho, se le saltaron las lágrimas, pero no tuvo una queja ni un reproche para el hombre que tanto quería.

Aquella misma noche le escribió diciéndole únicamente lo que acababa de saber y preguntándole si era cierto.

Sí, era verdad. La desahogada posición de su paisana le había alucinado un momento y había tenido el villano pensamiento de abandonarla á ella; pero se hallaba arrepentido, avergonzado, la boda deshecha; no quería á nadie más que á su Martina y esta-

ba dispuesto á probárselo por los medios que ella misma indicara.

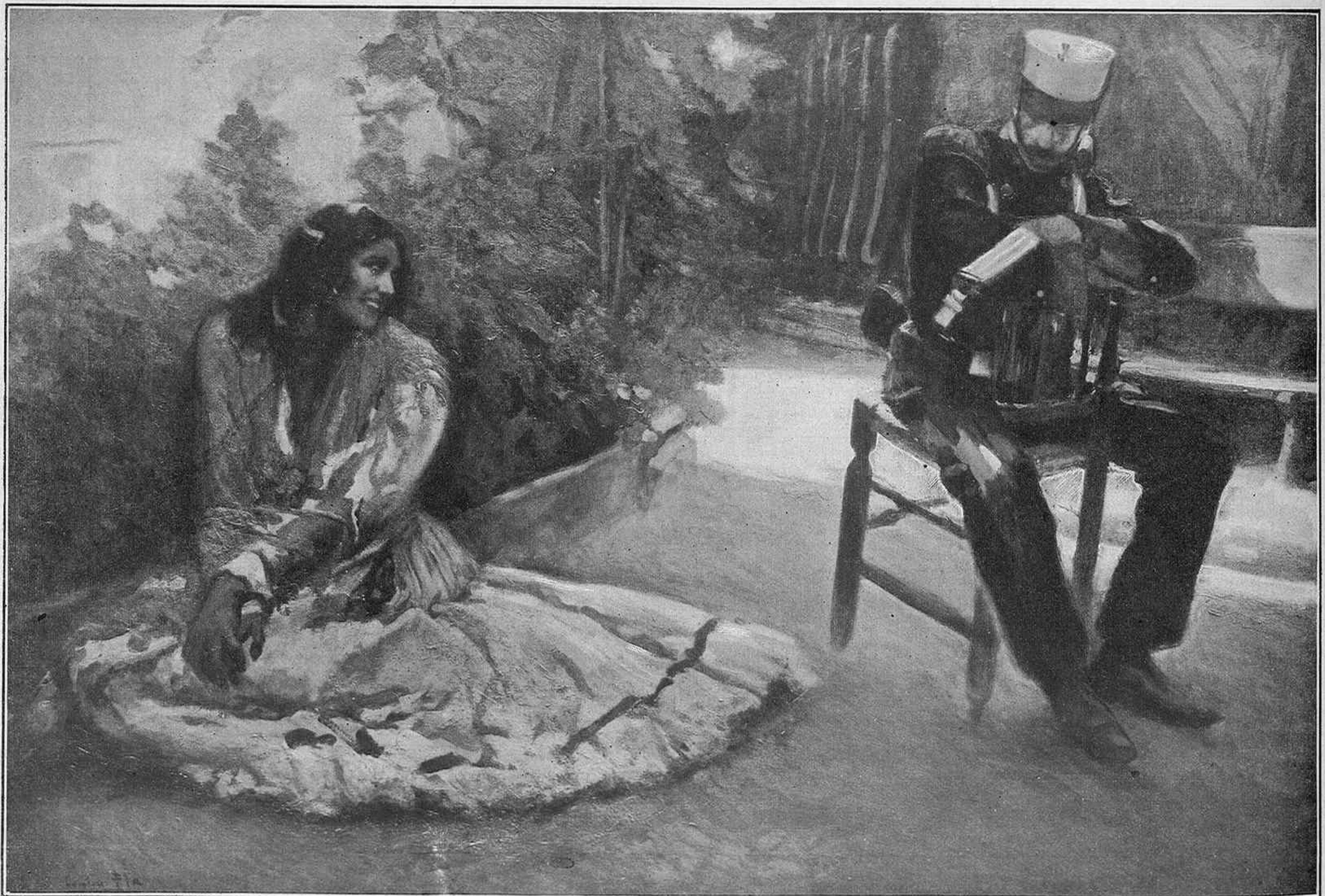
No recibió Medrano contestación á esta ni á otras muchas cartas que escribió á su ofendida novia.

Por fin, al cabo de algunos días recibió un sobre con el sello de Madrid. La letra era de ella. Sin duda allí dentro venía su deseado perdón. ¡Ya se lo figu-

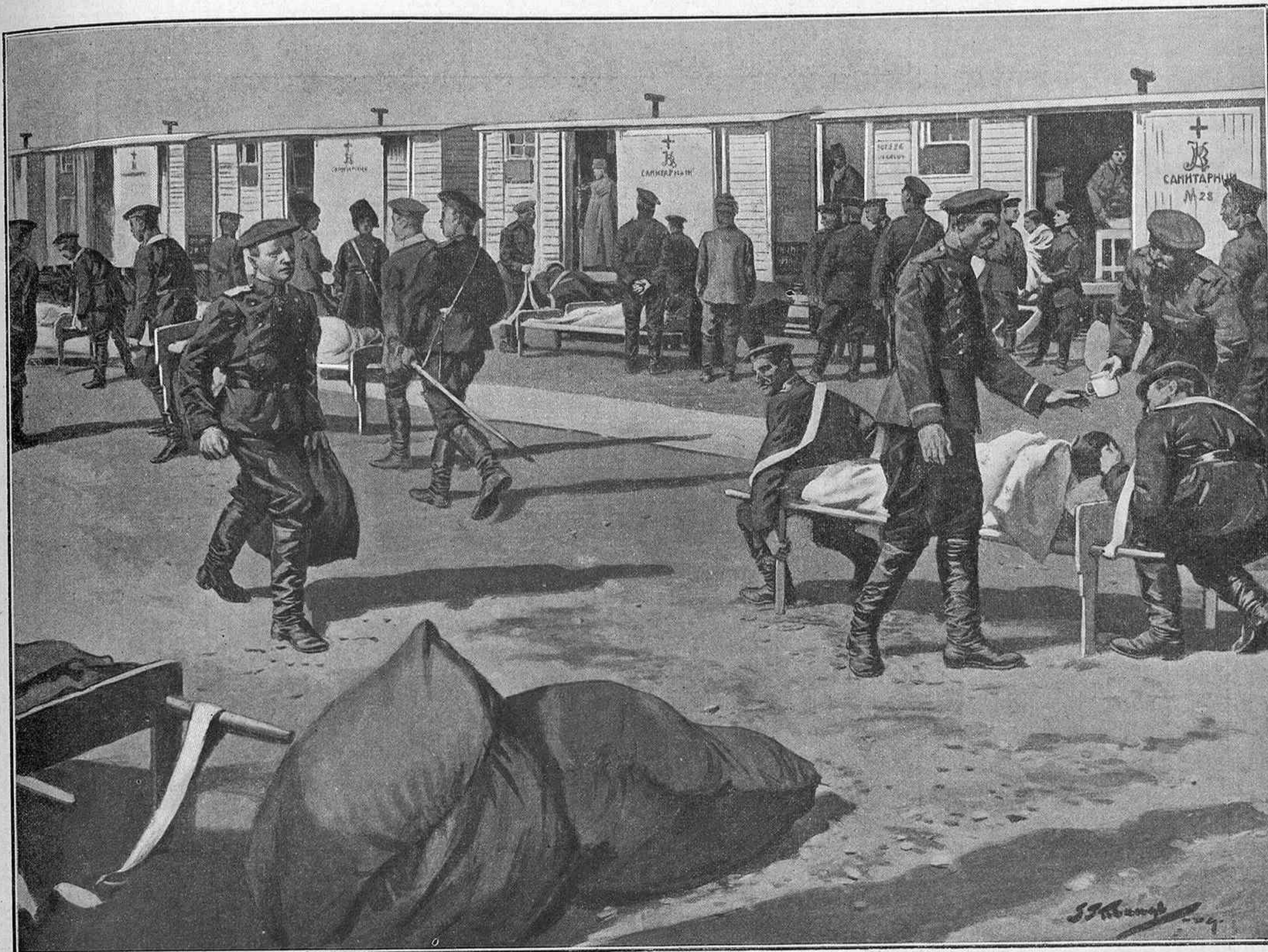


Plegaria, dibujo de José Juliana

el cielo y hombres de sobra en el mundo; ni el uno ni los otros me faltarían. Ten por lo tanto cuenta con lo que haces, mira que cuando tomo una resolución es porque lo he pensado todo muy bien y ya no me vuelvo atrás. ¿No te has fijado nunca en que las golondrinas, tan amantes de sus nidos, tan constantes en ocuparlos otra vez en cuanto vuelve la primavera,



Carmen, cuadro de Cecilio Pla. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid. 1904.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - LLEGADA Á MUKDEN DE UN TREN DE LA CRUZ ROJA RUSO. Dibujo de F. G. Waugh, hecho sobre una fotografía de un médico de la Cruz Roja

Los heridos son transportados en trenes construidos expresamente para este objeto. Los rusos, que ya no pueden utilizar el ferrocarril desde Liao-Yang á Mukden, han trasladado su base de comunicaciones á Kharbine

raba! Las últimas cosas que le decía la habían de trastornar el juicio y lo olvidaría todo.

Abrió el sobre y buscó dentro: ¡qué raro!, no había más que cenizas negras como de papeles quemados y una tira de cartulina con estas palabras: «Lo que queda de nuestro cariño.» Entonces fué cuando el cabo Medrano conoció á fondo el alma de Martina; entonces fué cuando se explicó el discurso de despedida que tanta admiración le causara.

El instruido, el hombre corrido, el conociendo la geografía y la gramática, él sabiendo lo que pasó la noche de San Bartolomé y que Favila murió despedazado por un oso, vió claramente que aquella mujer que aborrecía los libros y que él miraba como ser inferior, atesoraba un espíritu elevado y firme, un sentimiento de poesía y delicadeza inconsciente que tenía por esto mismo más valor, el valor de lo ingenuo. Aquella ceniza de sus cartas la guardó como reliquia; pero no volvió á escribir más á Martina, comprendiendo que valía mucho menos que ella.

MARIO GARNIER.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Los japoneses han arreciado durante estos últimos días sus ataques contra Puerto Arthur, y aunque el bloqueo cada día más estrecho no permite tener noticias directas de la plaza, las que se reciben de Che-Fu por diferentes conductos coinciden todas en que los sitiadores han realizado un importante avance. El último ataque comenzó, al parecer, en la madrugada del 19 con un terrible cañoneo dirigido principalmente contra la parte Norte, que duró hasta el mediodía del 20. Entonces los japoneses, saliendo de las posiciones que ocupaban, avanzaron por los dos lados de la vía férrea en medio de una terrible lluvia de proyectiles, y se apoderaron de algunos fortines y de la luneta de Kuropatkine, que en vano trataron de recuperar los rusos, cesando el combate á las cin-

co y media de la tarde. En la noche del 20 al 21 reanudóse el bombardeo, y en la mañana del 22, viendo los sitiadores que disminuía sensiblemente la defensa de los sitiados, comenzaron el asalto del fuerte Antseshan, pero encontraron una resistencia encarnizada. Expuestos á un terrible fuego de fusilería y de ametralladoras, hicieron desesperados esfuerzos para escalar la altura en que aquél se levanta, saltando por encima de las trincheras y de las murallas y rompiendo las alambradas. Al fin penetraron en el fuerte; pero los rusos, á pesar de su inferioridad numérica, no cedieron sino después de una lucha cuerpo á cuerpo en la que perecieron casi todos los defensores.

Algunos despachos posteriores dan á entender que el ataque prosiguió en los días 22 y 23, y un telegrama del corresponsal de un importante diario ruso dice que en este último día los japoneses intentaron un nuevo asalto, habiendo sido rechazados con grandes pérdidas.

Otras noticias, procedentes también de Che-Fu, aseguran que los japoneses tuvieron en estas últimas operaciones 7.000 bajas y que han debido abandonar las obras avanzadas de que se habían apoderado. Esto último es muy verosímil, pues en realidad dichas obras están expuestas al fuego de los fuertes principales y han de ser, por ende, insostenibles. Dicen además que los sitiadores han intimado nuevamente la rendición de la plaza al general Stoessel, ofreciéndole los honores de la guerra para la guarnición, pero no para la escuadra, intimación que aquél rechazó, amenazando con fusilar en lo sucesivo á todos los parlamentarios que se presentaran. Añaden finalmente que el mencionado general, en una carta últimamente dirigida á un amigo suyo, le ha manifestado que podía resistir todavía seis meses, aunque no recibiese socorros.

Todas estas noticias, sin embargo, no deben aceptarse sino á beneficio de inventario.

En los alrededores de Mukden, la situación continúa siendo la misma que describíamos en nuestra

crónica anterior. Los dos adversarios se observan, toman posiciones y ejecutan tanteos que se traducen por escaramuzas entre las avanzadas. Los rusos, á lo que parece, fortifican las inmediaciones de aquella ciudad, en donde probablemente se librará la próxima batalla. Y la verdad es que si los japoneses permanecen todavía inactivos durante algún tiempo podría darse el caso de que Kuropatkine se hallara en condiciones, no sólo de resistir victoriosamente, sino hasta de tomar la ofensiva, porque antes de poco contará con fuerzas superiores á las de su enemigo. En realidad, éste recibe de un mes á esta parte importantes refuerzos, pero no debemos aceptar sin reserva los despachos que sobre este particular expiden las agencias, pues á pesar de que continuamente se nos habla de los cientos de miles de hombres que el Japón tiene dispuestos para hacerles intervenir en las operaciones de la Mandchuria, es lo cierto que, según datos positivos, el generalísimo Oyama no pudo poner en línea de batalla en Liáo-Yang más de 160.000 combatientes. A un imperio de 45 millones de habitantes como el del Mikado, no ha de serle difícil encontrar un millón de hombres aptos para el servicio de las armas; puede también, si su hacienda lo permite, armarlos, equiparlos é instruirlos, pero siempre se encontrará con la dificultad de constituir con todos estos elementos nuevos nuevas grandes unidades, porque no le será dado improvisar los cuadros de jefes y oficiales, los estados mayores y los servicios necesarios. De suerte que se verá reducido á distribuir esas reservas entre los cuerpos ya existentes, que es, por otra parte, lo que ha hecho hasta ahora, y en cuanto al ejército territorial no se hallará en mucho tiempo en condiciones de prestar otro servicio que el de vigilar las comunicaciones y ocupar los territorios conquistados.

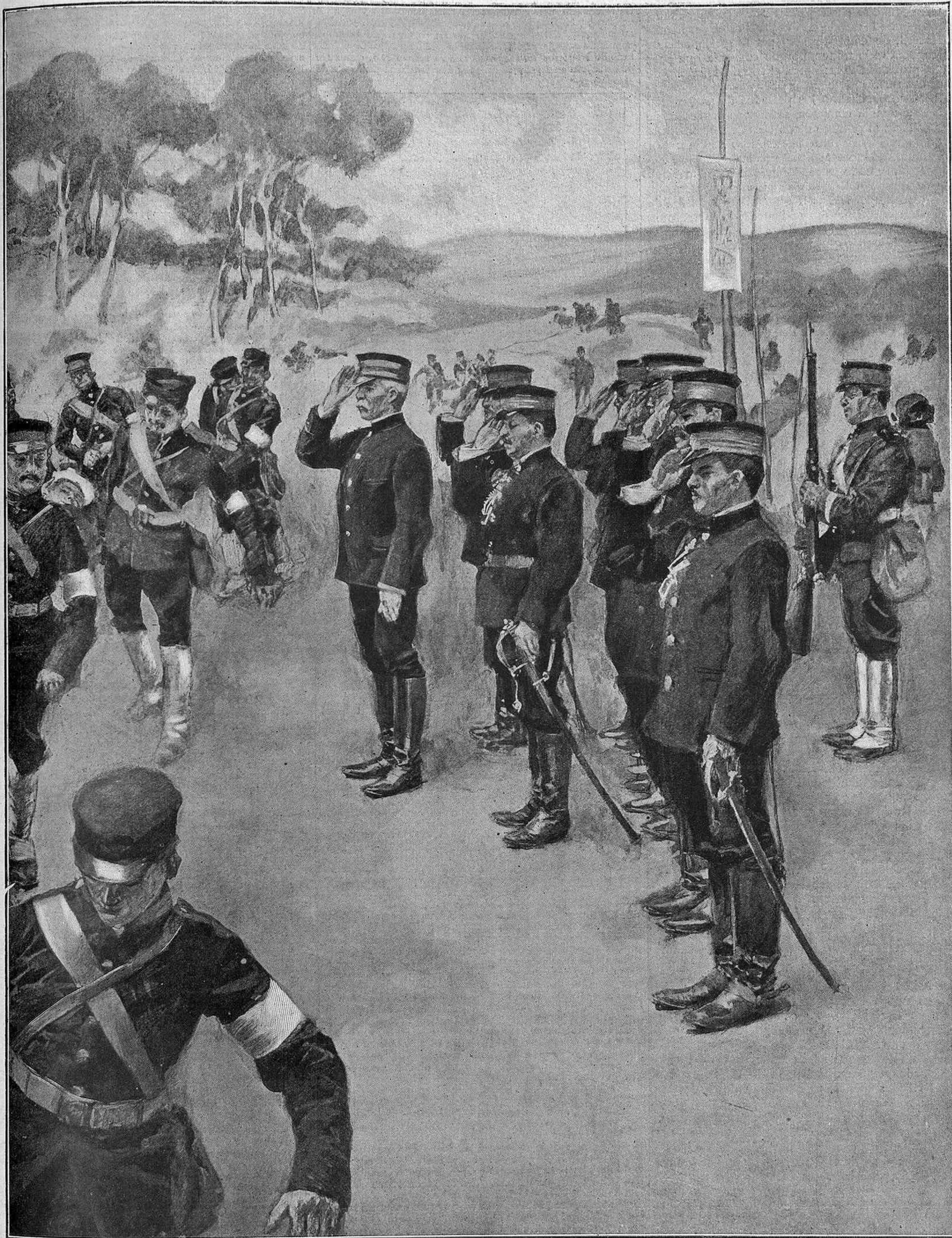
Esta situación, sin embargo, se modificaría sensiblemente si los japoneses se apoderaran de Puerto Arthur, porque entonces todo el ejército sitiador quedaría disponible para las operaciones de campaña y las fuerzas japonesas de la Mandchuria recibirían un

GUERRA RUSO-JAPONESA.—Culíes chinos que hacen las veces de locomotoras.—Sistema empleado por los japoneses para utilizar el ferrocarril ruso de la Mandchuria



Un tren de municiones cruzándose con otro que conduce heridos, dibujo de W. Russell Flint

Los japoneses utilizan el ferrocarril ruso para el transporte de tropas, municiones, heridos, etc. El corresponsal en Mukden del «Journal» de Londres dice que los ingenieros japoneses modifican la anchura de la vía apenas se han apoderado de un trayecto. Para ello dejan un riel y modifican el otro con el fin de que pueda adaptarse al tipo más ligero de los vagones japoneses y resulte inútil para las locomotoras y vagones rusos. Al mismo tiempo acortan las traviesas, inutilizándolas para la vía ancha. Créese que la modificación de la línea llega ya hasta Liao-Yang. Mientras realizan esta transformación, los japoneses, que no disponen de locomotoras á propósito, emplean culíes chinos para el arrastre de los vagones.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Homenaje á los muertos.—El general Kuroki y su estado mayor saludando los cadáveres de los que murieron en el campo de batalla. (Dibujo de W. Hatherell, sobre un croquis de Walter Kirton.)

Los japoneses observan escrupulosamente todas las ceremonias y costumbres, así en la paz como en la guerra. Uno de los principios que más constantemente repiten es que «todo debe ajustarse al libro,» refiriéndose al libro de las reglas y usos de la guerra civilizada. La escena que el dibujo representa ocurrió durante el avance de los japoneses desde el paso de Motien.

aumento de una tercera parte de su contingente actual. Véase, pues, el interés que para los rusos tiene la resistencia de aquella plaza; no se trata ya para los defensores de la misma de dar pruebas de un heroísmo estéril, de combatir sólo por la gloria, sino de sostenerse á todo trance, porque cada día que pasa es una probabilidad más para el triunfo definitivo de las armas rusas.

Rusia, aprovechando los períodos de tregua relativa que ofrece la campaña, aumenta sus medios de acción. Todo el primer cuerpo de ejército, movilizándose en la región de San Petersburgo y algunos de cuyos elementos tomaron parte en la batalla de Liao-Yang, se ha reunido ya al ejército de Mandchuria; y el sexto cuerpo siberiano está en marcha, de modo que dentro de pocos días Kuropatkine dispondrá de nueve cuerpos de ejército y seis divisiones ó brigadas de caballería independiente. Si todos estos elementos estuviesen completos formarían una masa de 350.000 hombres; pero hay que tener en cuenta las bajas enormes causadas por el fuego y por las enfermedades, lo cual hace indispensable, antes de formar nuevas unidades, llenar los huecos. Para esto, el gobierno de San Petersburgo enviará inmediatamente al teatro de la guerra los hombres y oficiales necesarios para reconstituir el efectivo normal de las unidades del ejército de la Mandchuria, pudiendo calcularse que el transporte de todo este personal durará todo el mes de octubre, á fines del cual las fuerzas rusas en el Extremo Oriente se elevarán á 268 batallones de infantería de 1.000 plazas cada uno, 200 escuadrones de 150 jinetes y 900 piezas de artillería, sin contar las guarniciones de las plazas fuertes y las tropas destinadas á la vigilancia del ferrocarril.

Inmediatamente después comenzarán á llegar á la Mandchuria nuevos cuerpos de ejército destinados á constituir un segundo ejército de campaña, para cuyo mando ha sido nombrado el general Gripenberg. Este ejército comenzará á llegar al Extremo Oriente á primeros de noviembre, y á pesar de las mejores condiciones en que ahora funciona el transiberiano, se necesitarán dos meses para el transporte de 100.000 hombres.

La creación de este segundo ejército ha dado lugar á muchos comentarios y son en gran número los periódicos extranjeros que la consideran como atentatoria á la autoridad de Kuropatkine. Sin embargo, en el ministerio de la Guerra ruso se asegura que la formación del mismo era ya cosa resuelta en el mes de abril último, y que el propio general Kuropatkine, en vista de la enorme extensión del teatro de la guerra, había solicitado desde primeros de agosto que se apresurara la constitución de dicho ejército; y aun se añade que la designación del general Gripenberg ha sido sugerida por el actual comandante en jefe de las fuerzas de la Mandchuria.

Parece que en la corte y en las altas esferas militares de Rusia es cosa completamente resuelta el nombramiento de un jefe de todas las fuerzas de mar y tierra del Extremo Oriente, cargo que se confiará al gran duque Nicolás Nicolaievitch, edecán general y gran inspector de caballería, á cuyas órdenes estarán Kuropatkine y Gripenberg, así como los comandantes de las plazas fuertes y de las escuadras.

El príncipe Khilkof ha inaugurado hace pocos días oficialmente la sección del transiberiano que rodea el lago Baikal; de modo que, en lo sucesivo, los trenes podrán circular sin interrupción desde Rusia á la Mandchuria, evitándose así los grandes inconvenientes que resultaban de un doble transbordo en ambas orillas del lago, y sobre todo la interrupción completa de las comunicaciones que indefectiblemente se habría producido dentro de poco en la época en que el Baikal se hiela.

Se ha publicado ya la lista oficial de las bajas sufridas por los rusos en la batalla de Liao-Yang que fueron: 1.810 soldados, 54 oficiales y dos generales muertos; 10.811 soldados, 252 oficiales y tres generales heridos, y 1.212 soldados y cinco oficiales que quedaron sobre el campo de batalla, total, 14.194 hombres fuera de combate. Las pérdidas de los japoneses, que el mariscal Oyama ha dicho que habían ascendido á 17.000 hombres, fueron, según el correspondiente de un importante diario londinense, de 21.000.

Por decisión del general Kuropatkine, ha sido excluido del ejército de la Mandchuria y llamado á San Petersburgo el general Orloff, á quien achaca aquél la responsabilidad de la derrota de Liao-Yang.—R.

NUESTROS GRABADOS

El príncipe Herberto de Bismarck.—Herberto de Bismarck, hijo segundo del gran canciller, nació en Berlín en 28 de diciembre de 1849, pasó su infancia en Francfort y en San Petersburgo, y después de haber hecho sus primeros estudios en la capital de Prusia, fué alumno de la Universidad de

Bonn. En 1869 entró en el ejército, y después de haber tomado parte en la guerra franco-prusiana, en la que fué herido y recibió la cruz de hierro de segunda clase, continuó sus estudios en Berlín y en 1874 ingresó en la carrera diplomática. En 1878 fué secretario del Congreso de Berlín; en enero de 1881 fué nombrado consejero de legación en la sección política del ministerio de Negocios Extranjeros, y en el mismo año, comisario de embajada en Londres. En 1884 desempeñó la embajada de



EL PRÍNCIPE HERBERTO BISMARCK, fallecido en 18 de septiembre último

San Petersburgo y poco después la de La Haya, y en el propio año fué elegido miembro del Reichstag por el distrito de Lauenburgo. En 1885 se le nombró subsecretario de Estado; en 1886 secretario de Estado del Exterior, y en 1888 ministro de Estado, cargo que ejerció hasta 1890, en que al retirarse su padre de la política, renunció, contra los deseos del emperador, á todos sus cargos, pudiendo en él más el amor de hijo que todas las consideraciones políticas y de conveniencia personal. Desde la muerte de su padre, toda su actividad, toda su energía se consagraron á una sola misión, la de defender las tradiciones de aquél, mantener su memoria imaculada, recordar sus principios fundamentales, rebatir toda duda sobre la bondad de cuanto hiciera y rectificar con verdadera tenacidad toda interpretación torcida de sus palabras. La muerte de Herberto de Bismarck resulta doblemente sensible para los alemanes, en primer lugar porque sólo él podía ilustrar lo que en Alemania llaman «la investigación bismarckiana», no solamente no terminada todavía, sino en muchos puntos ni siquiera empezada; y en segundo porque su personalidad encarnaba el lazo de unión entre la gran época de Guillermo I y de Bismarck y la generación contemporánea.

Goethe moribundo, escultura de Gustavo Eberlein.—Este famoso escultor alemán, que hace poco terminó el monumento á Goethe erigido en Roma, monumento en el cual aparece el inmortal poeta en la plenitud de su vida, ha querido representar al autor de *Fausto* en el momento en que, próximo á la muerte, exclamaba: «¡Más luz!» Sabido es que á estas palabras no debe dárseles un significado simbólico, sino que en realidad Goethe, sintiendo que las sombras de la muerte invadían sus ojos, ansiaba que llegara hasta éstos la claridad del sol que sus pupilas ya no percibían; á pesar de esto, la significación poética es la que ha prevalecido, porque aquella frase verdaderamente corona de una manera digna la vida del vate alemán. Eberlein ha inspirado su obra en esta interpretación ideal y todo es monumental en ella: la figura de Goethe, agarrándose con las crispadas manos á los brazos de la butaca, con el cuerpo inclinado hacia adelante, cual si quisiera incorporarse á impulso de las últimas energías vitales, con la cabeza soberbiamente erguida y los ojos muertos para la luz terrena, pero que parecen vislumbrar ya los resplandores de la eterna luz, es una creación grandiosa, avalorada por una técnica vigorosa, sobria, amplia, y responde admirablemente á la idea que guió al artista.

Plegaria, dibujo de José Juliana.—Es Juliana uno de los artistas pertenecientes á aquel grupo que en Roma tanto logró distinguirse y que tanto honró al arte patrio. Su vocación y entusiasmo le condujo á la Ciudad Eterna, en donde pronto se singularizó como hábil acuarelista. Difícil sería enumerar las obras que ha producido, por más que algunas de ellas han de ser conocidas de la mayoría de nuestros lectores, pues han figurado en el Salón Parés ó bien las han reproducido los periódicos ilustrados. Todas ellas se distinguen por la belleza del colorido que Juliana sabe amasar en su paleta, obteniendo entonaciones vigorosas y delicadas que atestiguan su buen gusto y maestría.

Carmen, cuadro de Cecilio Pla.—Inspirándose en el argumento de la popular ópera de Bizet del mismo título, ha pintado el notable artista valenciano una escena llena de expresión y de vida, que si no es reproducción exacta de una realidad vista, está formada de elementos cuya verdad á nadie se ocultará. No es necesario describir el asunto del lienzo; los personajes hablan, como vulgarmente se dice: en la cara de la amarrada gitana que lanza provocativas sonrisas y miradas incendiarias al sargento de Ingenieros que le han puesto de

guardián, se revela el propósito de apelar á todos los recursos, á todas las seducciones para recuperar la libertad de que se halla privada momentáneamente; y en la actitud sombría, meditada y como temerosa del militar, refléjase la lucha que en su interior sostiene entre ceder á tales halagos, quebrantando la consigna recibida, y cumplir con lo que la disciplina y la ordenanza le imponen, renunciando á los encantos con que le brinda el amor. ¿Cuál de estos dos poderosos estímulos vencerá? Difícil es acertar la contestación á esta pregunta: mucho pueden, sin duda, los ojos abrasadores y la linda boca de la picaresca gitana; pero la plaza á que ha puesto sitio no parece de las más fáciles á rendirse. De todos modos, lo mejor que podría sucederle al sargento sería que cuanto antes lo relevaran del puesto en que le han dejado, ya que «quien quita la ocasión quita el peligro», y además bien sabido es aquello del fuego y de la estopa y del diablo que sopla. De las condiciones técnicas del cuadro nada diremos: Cecilio Pla figura con razón entre los buenos pintores españoles contemporáneos, y *Carmen*, que, aparte de sus excelencias de expresión, contiene innumerables bellezas de forma, es una obra digna de su merecida fama.

Maniobras de caballería, cuadro de José Cusachs.—Ha logrado el Sr. Cusachs, á costa de inteligente labor, conquistar merecido renombre y figurar ventajosamente entre los cultivadores de un género ó clase de pintura llena de dificultades, cual es la de asuntos militares. Para ello son precisos, además de las aptitudes artísticas, conocimientos técnicos, sin los cuales no cabe la representación de tipos, escenas y asuntos de gentes de armas. El pintor á que nos referimos ha podido dar gallarda muestra de sus erudiciones, pues durante el transcurso de su vida artística ha producido obras que atestiguan su valía como pintor militar. Muestra de ello es el lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, digno de la fama adquirida por nuestro amigo.

Bellas Artes.—HEIDELBERG.—El claustro universitario de Heidelberg ha elevado al gobierno alemán una enérgica protesta contra el proyecto de restauración del castillo de aquella ciudad, calificándola de acto de barbarie y de destrucción de las ruinas sin necesidad y sin beneficio para nadie, y pide en términos muy apremiantes que se ponga lo que del castillo queda intacto á cubierto de los atentados de un fanatismo restaurador antihistórico y antiartístico que ya ha substituído en una parte de aquel monumento lo que era arquitectura llena de vida con una desdichada obra de erudición arquitectónica sin alma.

A esta protesta, que ha sido acogida con entusiasmo en toda Alemania, han juntado la suya los estudiantes de aquella universidad, que con razón consideran las ruinas y los recuerdos del castillo como una herencia preciosa que cualquiera restauración destruiría.

Además se ha constituído en Heidelberg un comité general alemán para fundar una liga permanente contra la restauración del castillo, de la cual formarán parte notables arquitectos y otras personalidades distinguidas.

BOUQUET FARNESE VIOLET

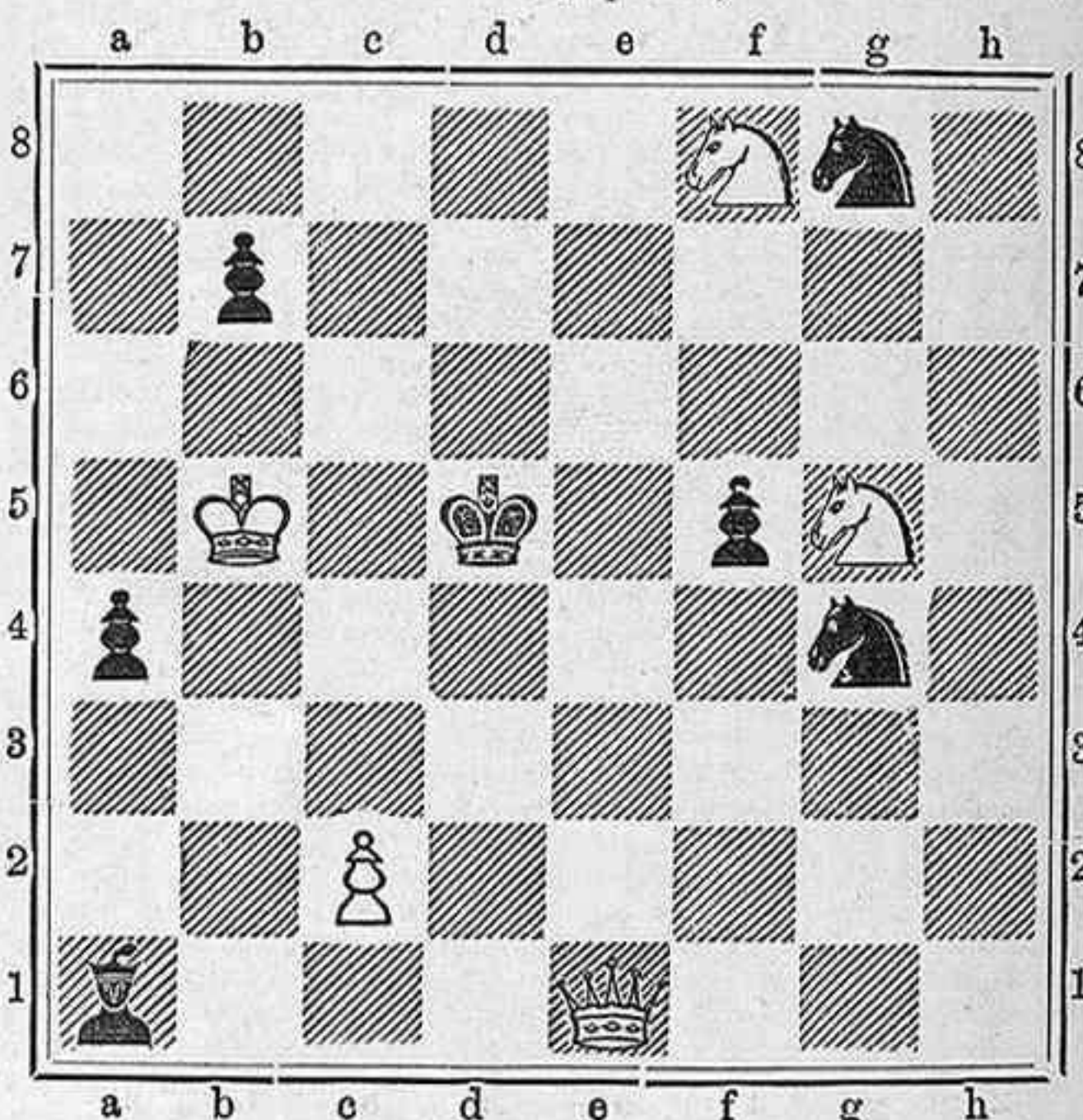
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación):

ENVÍO N.º 12.—LEMA: «Zdrava marija.»

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 11.—«Miaplaciduc.»

1. Dh4-h5, Af5xh7; 2. Cg4-e3 jaq., etc.
 Af5xe6; 2. Dh5-e8, etc.
 Af5xg4; 2. c2-c4 jaq., etc.
 Cg5xe6; 2. c2-c4 jaq., etc.
 Rd5xe6; 2. Dh5-e8 jaq., etc.
 Af5-g6; 2. Dh5xg6, etc.
 Cg5-f7; 2. Dh5xf5, etc.
 Otra jug.ª; 2. Cg4-f6 jaq. ó
 Cg4-e3 jaq., etc.

(Se continuará)



No, papá. He rehusado

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Ayer telegrafíé á mi hijo nuestra entrevista, y mucho me asombrará que no le estén á usted esperando.

—¿Cuándo le veremos á usted?

—Después de comer.

—¿Con su hijo de usted?

—Por supuesto.

Y el padre de Graciana llegó á casa de sus suegros en el momento en que iban á sentarse en la mesa.

El grito de sorpresa de Graciana fué muy sincero, no mal lanzado el de Girardot y adornado el de la abuela con esta observación tranquilizadora:

—En fin, á Dios gracias, tenemos por casualidad buena comida.

El banquero dijo abrazando á su hija:

—Tenía impaciencia por verte y he tenido que venir á buscarte, puesto que tú no quieres ir á mi, niña terrible...

Y el viejo vino en su ayuda diciendo:

—Y bien, puesto que la chica está á gusto aquí, hay que dejarla.

—¿Para siempre?

—¿Por qué no?

—¿Qué quiere usted que le diga? Ella es la que debe tomar una resolución.

—Creo que está decidida.

—¿Es verdad, Graciana?

—Sí, respondió la joven resueltamente.

—¿Cuáles son, entonces, tus proyectos?

—Encontrar aquí un buen muchacho que me ame y á quien ame yo, casarme con él y vivir muy dichosa cerca de los abuelos.

«La cosa marcha» pensó el banquero, y respondió:

—Por mi parte no veo inconveniente, si á tus abuelos les gusta tu elección.

Pero como estaban comiendo y las criadas no hacían más que ir y venir, y como además el ban-

quero no quería comprometerse en el fondo del asunto demasiado íntimo, dijo tomando la tangente:

—Acabo de hacer el viaje con un agradable compañero de camino. Le conocía muy poco y hemos trabado amistad.

—¿Quién es?, preguntó la abuela tan diplomáticamente que Graciana apercibió el oído.

—Su vecino de ustedes; el barón de la Rochere.

—¡Ah!, exclamó Girardot. ¡Qué amables personas! Si conociese usted á la baronesa...

—Una gran fortuna, ¿verdad?

—Y una situación clara como el agua. No hablo de sus valores, que no deben de ser insignificantes, sino de sus tierras, cuyo producto no baja de veinte á veinticinco mil francos, un año con otro... No me engaño ni en quinientos escudos.

—Graciana llegará á ser algo más rica—esperemos, por ustedes y por mí, que lo más tarde posible;—pero, en fin, veinticinco mil francos de renta en tierras son algo sólido y real que no se encuentra todos los días...

Y el banquero añadió negligentemente:

—El barón me ha dicho que iba á venir á ver á ustedes.

—¿Hoy?

—Dentro de un momento. ¿Están ustedes bien con él?

—Divinamente.

Hacia unos instantes que Graciana estaba saltando en la silla.

Desde el primer momento había comprendido que la petición oficial, inminente hacia quince días, iba á surgir de un momento á otro.

Pero no era eso lo que ahora le preocupaba. Rechazaría categóricamente aquella petición, diciendo que estaba, sin embargo, orgullosa por el honor que el señor barón le hacía, y ahí quedaría el asunto.

Lo que la tenía febril era la esfera del reloj, á la que el Baco dorado parecía señalar con su tirso. La aguja iba pronto á marcar las dos y media y dentro de unos minutos estaría Pedro esperándola para decirle lo que la interesaba más que la comedia que se estaba representando y que ella iba á hacer cesar de un soplo, como quien apaga una llama.

Y cogiendo al vuelo el pretexto que le ofrecían las palabras de su padre, exclamó con expresión de espanto:

—¡Va á venir el barón y no me lo decías! ¡Y yo que estoy hecha una facha! En fin, ya tendré tiempo de arreglarme un poco.

Y se echó á correr.

Servido el café y después de retirarse las criadas, se habló sin reservas en el vetusto comedor.

—La cosa va á ir como una seda, dijo el banquero.

—Así lo creo.

—¿No está usted seguro?

—¿Quién lo está nunca con estas muchachas?

—Sería muy descontentadiza, porque el joven es guapo, ¿verdad?

—Un buen mozo; va usted á verle.

—¿No ha dicho Graciana que le disgusta?

—No, ciertamente; al contrario.

—Entonces, señora Girardot, haremos de ella una baronesita.

—La chica llevará el título tan bien como otra cualquiera.

—Mejor que ninguna, porque—ahora que no está se puede decir—mi señora hija es más linda que nadie.

La abuela no pudo menos de decir:

—Se parece á su pobre tía, que era muy hermosa.

El banquero la miró con verdadero asombro.

—¡Su pobre tía! Usted bromea... Confórtese de una vez con la existencia que ha querido tener Ca-

mila. Es una gran artista, una ilustración, y su celebridad le da derecho á vivir independiente y como le acomoda. No comprendo por qué no han hecho ustedes las paces con ella hace mucho tiempo.

—¡Las paces!, exclamó la buena señora con acento de desolación. Es ella la que nunca ha vuelto á dar señales de vida.

—Pues es lamentable... Comprendo que no son ustedes los que deben dar los primeros pasos, pero creo que no hay en esto más que una mala inteligencia...

—No, dijo tristemente la anciana; Camila no vuelve porque no podría confesarnos ciertas cosas... Y añadió dando un suspiro:

—Porque no podría decirnos que fuésemos á su casa en París... Ya sabe usted que no podría...

—Es una gran artista y vive como tal. Aseguro á ustedes que nadie piensa en criticarla, mientras que todo el mundo la admira y la envidia. Cualquiera les dirá lo mismo que yo.

—En París, sí.

—¡Bah! No hay que provincializarse hasta ese punto. Si les dijera á ustedes que este enfado me pone algunas veces en situaciones violentas... La encuentro con frecuencia en sociedad cuando estoy en París y no me atrevo á acercarme á ella, ignorando cómo está dispuesta respecto de todos nosotros. Se sabe, sin embargo, que es mi cuñada y de aquí mi confusión.

—Ha cambiado mucho?, preguntó tímidamente la madre.

—No, en verdad. Está más guapa que nunca y es cierto que se parece mucho á Graciana. Camila es muy joven todavía.

—Treinta y dos años.

—Es la primera juventud, en París sobre todo. Y á propósito, si el matrimonio de Graciana se verifica, me ha dicho el barón, tienen ustedes el proyecto de...

—Sí, nos arreglaremos para que la Zarzalera sea para Graciana. También Camila tendrá lo suyo... Como nunca ha de volver por aquí, las cosas estarán así mejor.

.....

Durante este tiempo, Graciana, que había salido furtivamente de la casa, se dirigía con el paso febril de una fugitiva hacia el caserío de la Espinosa.

La hora avanzaba y Pedro iba á acudir de un momento á otro.

Llegaba apenas al camino que baja hasta el Isere, cuando oyó unos pasos presurosos.

Se volvió; era él.

Pedro trataba de sonreír, pero estaba pálido, y á pesar suyo sus cejas se fruncían sobre unos ojos llenos de ansiedad.

—Malas noticias, ¿eh?, dijo Graciana sonriendo también con expresión de inquietud.

Pedro hizo un ademán afirmativo, sin poder hablar.

Pero se repuso en seguida y respondió:

—Sí, malas noticias. He tenido con mi padre una conversación definitiva y se niega.

—Ya lo esperaba usted, Pedro...

—¡Oh! Tenía, con todo, alguna esperanza... Se tiene siempre...

—¿Y ahora?

—Sabe que mi voluntad será tenaz... como la suya.

—¿Qué le ha respondido á usted?

—¿Qué importa su respuesta, si usted me conserva lo que es mi único porvenir, mi sola alegría...

—Sí, Pedro, de mejor gana que nunca.

—Y sin embargo...

Pedro tuvo una vacilación, un escrúpulo.

—¿Qué más hay, Pedro?... Dígamelo usted...

Y el joven respondió poniéndose aún más pálido:

—Sí, debo decirlo... El ocultarlo no sería leal. Si su respuesta no altera en nada mi voluntad, cambia de tal modo mi posición...

Y añadió con voz sorda:

—Hay cosas de las que hasta ahora no hablábamos..., de las cosas de dinero... Sabíamos que un día tendríamos un patrimonio casi igual y bastante para que entre nosotros no se tratase de intereses. Era una dicha el substraerse á esa preocupación y nunca se me hubieran podido atribuir cálculos bajos y mezquinos...

—¡Oh! Pedro, ¿por qué dice usted eso?

—Porque ya no es así, Graciana. Mi padre me ha dicho que si me caso con usted, se vuelve á casar él en seguida, y como está bastante joven para darme hermanos, procurará desposeerme de lo que legalmente me pertenezca un día. Así lo ha dicho y así lo hará. Toda mi fortuna será, pues, la que me viene de mi madre..., muy modesta, como usted sabe... Así es que...

De nuevo su garganta se oprimió hasta impedirle hablar.

Pero Graciana dijo, despidiendo rayos de cólera por sus negros ojos:

—Así es... ¿qué? ¿Es acaso esta fortuna lo que usted echa de menos?

—¡Oh, Graciana!.. ¿Me cree usted capaz?..

Pero la joven le ofreció resueltamente las dos manos.

—No, estoy segura de usted. Pero leo en su alma el pensamiento que acaba de nacer y me humilla y me irrita. Sí, lo veo; usted se pregunta si ahora que es menos rico le amaré como antes. Hace usted mal, Pedro; es la primera pena que usted me causa.

—¡Ah!, exclamó el joven, lo que me pregunto es si tengo derecho para aprovecharme de ese adorable desinterés y para ofrecer á usted otra existencia que la que había pensado. Me pregunto cómo me juzgará su familia de usted, y veo que el maldito dinero se levanta ahora entre nosotros como un obstáculo... ¡Pero yo sentir la fortuna de mi padre! ¡Si usted supiera cómo deseaba de su camino la opinión de los indiferentes ó de los envidiosos? Si yo estuviera en su caso, ¿vacilaría usted?

—Entonces no dude usted de mí, como yo no dudo de usted. Ni el uno ni el otro hemos pensado en las fortunas respectivas al entregarnos el corazón, ni contábamos con ellas para ser dichosos. ¿Le hará á usted desviarse de su camino la opinión de los indiferentes ó de los envidiosos? Si yo estuviera en su caso, ¿vacilaría usted?

—¡No! Hubiera respondido á usted lleno de alegría: ¡Marchémonos sin esperar nada; hagámonos nuestra vida y ganemos nuestra felicidad!

—Pues eso es lo que yo respondo. No esperemos nada más que de nosotros mismos. Preparemos la dicha que pueden retardar, pero no quitarnos. Es un año de espera, porque ahora veo que vamos á ser unos pobres enamorados muy perseguidos. Pero ese largo año pasará y la ausencia no nos hará cambiar. ¿Cuándo acaba su licencia de usted?

—¡Dentro de dos meses!..

—Pues bien, amigo querido, volverá usted á su regimiento y preparará el hogar que deberá abrigarnos al otoño siguiente...

—El nido adorado Graciana...

—Marieta será nuestro correo y, gracias á ella, podremos decirnos diariamente lo que haya en nuestro corazón. Yo contaré aquí los días con paciencia.

Y la joven añadió con graciosa sonrisa:

—Con paciencia y con fidelidad, pues puede usted suponer que no son las seducciones del hijo del barón, aunque pida apoyo á mi padre, las que...

—Su padre de usted... ¿Teme usted acaso?..

—¡Temer!.. Ni usted ni yo conocemos esa palabra, señor militar. No temo; estoy segura.

—¡Va á venir!

—Ya ha venido, acompañado por el barón de la Rochere, que ha ido, sencillamente, á buscarle á Lyon.

—Y le ha dicho á usted...

—Nada todavía. Ahora mismo, en cuanto vuelva, será cuando yo también sufra el ataque.

—¡Ah, Graciana!..

—A cada cual le llega su vez, mi pobre Pedro. No sé lo que se dirá en la Zarzalera cuando el barón y su hijo, que ya deben de estar allí, me hayan hecho oficialmente el honor de pedir mi mano á mi padre. Pero lo que sí prometo es que nada se impondrá á su esposa de usted; á su esposa, lo oye usted, Pedro.

—¡Graciana adorada!

Y en un brusco ademán, cogió con ambas manos aquella cabecita morena, cuyos ojos brillaban con un fulgor febril, é imprimió en ella un casto beso.

—¡Mi esposa!, repetía Pedro olvidando al mundo entero.

Pero Graciana le rechazó con un gesto de espanto.

—¡Escuche usted!

Era verdad; se oían pasos.

Y los dos tenían aún la actitud violenta de dos cómplices sorprendidos por un testigo inesperado cuando apareció la persona que habían oído acercarse.

—¡Daniel!, exclamó la joven.

—¡Siempre él!..

Por los ojos del oficial pasó una llamarada de cólera al ver acercarse resueltamente á su antiguo compañero de colegio. Daniel se adelantó sonriendo con aire de triunfo y con una familiaridad algo impertinente para Pedro, al que afectó no ver, agravada por esta torpe frase:

—A usted busco, Graciana. Me han dicho que había usted venido por aquí, y como tengo la agradable misión de acompañar á usted á la Zarzalera, donde nos esperan nuestros padres...

Y al mismo tiempo hizo un amable ademán como diciendo: «¿Viene usted?»

Pedro no pudo contenerse.

—Pero parece que no me conoces, la Rochere...

Su acento fué tan duro, que Daniel se irguió en seguida para responder:

—Te conozco perfectamente, Boissier. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no parece observar que esta señorita está hablando conmigo.

—¡Bah! Como con otro cualquiera. ¿Qué importancia quieres que dé á ese hecho?

—No se trata aquí de importancia, sino de simple educación.

—Supongo que no tratas de darme una lección...

—Parece, sin embargo, que la necesitas.

—Veamos eso. Delante de esta señorita, será curioso el recibir una lección del Sr. Boissier, hijo.

—¡Pedro!, exclamó Graciana con un ademán de súplica y de espanto.

Pero el oficial la separó suavemente y dijo, dando un paso hacia Daniel:

—No tema usted, señorita; sólo tengo que decirle una palabra y enseñarle una cosa.

Y añadió, en voz que azotaba:

—No hay necesidad de ser barón para saber que el que se mete en una conversación sin estar autorizado, es un indiscreto; basta estar bien educado para evitar que nadie le recuerde á uno ese precepto de urbanidad elemental.

La cara de Daniel se tiñó de púrpura.

Pero el joven barón dijo encogiéndose de hombros:

—¡Bah! Soy un loco... No somos de la misma clase y esas palabras no llegan hasta mí.

—Si usted fuera como todo el mundo, le llegarían.

—¡Pero este hombre busca un lance! Como usted quiera, querido.

Daniel tenía en la mano un elegante bastón. Las últimas palabras de Pedro le habían abofeteado con una sangrienta ironía. ¡Delante de Graciana!.. Daniel además no era cobarde, y sin pensar en el grave riesgo que corría, levantó el bastón contra su adversario.

Pero no tuvo tiempo para completar el ademán. Pedro se arrojó á él, le arrancó el bastón de la mano, lo quebró como una pajueta, y dijo con voz ronca, arrojándole los pedazos á la cara:

—Tengo por recibida la ofensa. Ahora me pertenece usted, caballero.

—Estoy á sus órdenes.

Y Daniel, que se había puesto lívido, recobró bastante sangre fría para decir á Graciana:

—Estoy realmente desolado, señorita...

Pero la joven, angustiada y también muy nerviosa, respondió:

—¡No, no! Este asunto se va á quedar aquí. Lo quiero.

Y añadió al ver que los dos hacían el mismo gesto de pena, pero de negativa silenciosa:

—Pedro, es la primera súplica que le dirijo á usted; no creo que la rechace.

—Señorita...

—Además, añadió febrilmente, no ha tenido usted razón. ¡Oh! Sé las razones de su impaciencia, así como usted sabe por qué no quiero que esta disputa tenga consecuencias.

Y sin dejarle tiempo para responder, siguió diciendo:

—Sr. de la Rochere, el Sr. Boissier está pronto á presentar á usted sus excusas.

—¡Yo!

—Sí, usted. ¿Quién puede mejor que usted reconocer sus errores sin que nadie se equivoque sobre el sentimiento á que obedece? ¿No se sabe lo que es usted y lo que vale? ¿No se sabe, dijo echando á Daniel una ardiente mirada, que el Sr. de la Rochere va á afrontar valientemente ahora un peligro terrible, un peligro que afronta como si usted no fuera un formidable adversario?

—Pero usted exagera, señorita, dijo Daniel en tono de protesta.

—Déjeme usted hablar; se lo suplico.

Daniel hizo un ademán de aquiescencia.

Tenía que reconocer que lo que decía la joven era exactamente la verdad. El no había estado muy cortés ni había resistido al deseo de humillar un poco á aquel Pedro Boissier, del que su padre le había dicho: «Desconfía del astuto que ronda á la que quiero darte.» Pero el teniente, en cambio, con sus réplicas duras y provocativas había llevado la discusión á una violencia irreparable.

Daniel tenía sangre en las venas y quería quedar en buen lugar; pero comprendía que, con aquel rabioso de músculos de acero y movimientos de huracán, iba á hacerse matar, y esto era estúpido.

La cólera de Pedro además acababa de hacerle saber más que las advertencias de su padre y que las insinuaciones del cura.

Entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

entre Graciana y el teniente había algo más que

relaciones amistosas. Había llegado tarde y caído como un estorbo en medio de un bello idilio.

Graciana, por otra parte, seguía diciendo con animación febril:

—Lo que el Sr. de la Rochere no sabe y le hará comprender cuán excusable es la violencia de usted, es que hace mucho tiempo, desde mi llegada, he autorizado proyectos para el porvenir en los que los dos ciframos el mismo deseo y la misma esperanza. Cada cual busca la dicha donde cree encontrarla, y yo creo que la hallaré en el amor de este amigo con el que he cambiado promesas eternas...

—¡Oh, Graciana!, exclamó Pedro espantado por aquella audaz franqueza.

—Sí, es preciso que lo sepa. Lo que acaba usted de oír, Daniel, iba á decirlo cuando su padre de usted formulase su petición, pues no creerá usted que no he visto claro en el misterio de su viaje y de la venida de mi padre. Usted es leal y generoso y yo querría ser su amiga. La plaza estaba tomada, Daniel, y puede usted pensar cuánto trabajo nos va á costar á Pedro y á mí el ser felices. Sea usted galante hasta el fin y no aumente nuestras dificultades, que son ya bastante grandes...

Y aprovechando la estupefacción de Pedro y su intensa emoción ante aquel raudal de palabras atrevidas y generosas, le dijo:

—Pedro, por mi amor, dé usted la mano al señor de la Rochere. Daniel, por mi amistad, tome usted la mano que le ofrecen.

Daniel, que tenía talento, dijo en tono cordial:

—¡Vamos, Fierabrás, vengan esos cinco y otra vez no seas tan duro de pelar!..

—¡Vales más que yo!, exclamó Pedro cogiéndole la mano en un impulso de gran sinceridad. Es verdad, no he tenido razón y te pido...

—¡Alto ahí! No quiero que pronuncies la palabra, que sentaría muy mal en tu boca, querido Boissier. Ya tenías una cabeza endemoniada en el colegio y sigues teniéndola; pero acabas de demostrarme que no es el peor medio para prosperar. No diré que no siento...

—Su lindo bastón, dijo vivamente Graciana. Pedro se le reemplazará á usted como regalo de boda. ¿Está convenido?

—Convenido, puesto que usted lo quiere.

—Es que, dijo Pedro sonriendo al fin, puedes tardar en tener tu bastón...

—¡Oh! Sí; vuestro negocio no va al galope. ¿Cómo toma tu padre la cosa?

—Todo lo mal posible.

—Era de suponer. Pero es que, ¡diablo!, en su casa de usted, Graciana, no me parecen bien preparados...

—No lo están ni lo más mínimo.

—Entonces...

—Y bien, ya lo he dicho, voy ahora mismo...

—¡Demonio! Espere usted que mi padre y yo nos hayamos marchado... En cuanto hagamos nuestra retirada en buen orden...

—Ya verá usted, dijo Graciana con su linda sonrisa, como resultamos los dos muy buenos amigos... No, Pedro, añadió tiernamente; los tres.

—Preciso será, dijo Daniel suspirando; es usted tan encantadora... No te amosques, Boissier; lo digo como un buen camarada. Buena suerte has tenido en llegar el primero, porque, en fin, se me debe dejar creer que si yo hubiera llegado antes... ¿Quién sabe?..

—Pero, dijo Graciana, la plaza estaba tomada, y bien.

—Demasiado lo veo. ¿Quiere usted que le diga mi opinión? Pues bien: es posible que haya usted tenido razón. Soy agradable como amigo, pero como marido hubiera sido acaso menos perfecto.

—Usted se calumnia.

—No es seguro y acaso me equivoque también. Pero ahora me interesan ustedes los dos con sus amores de la época heroica... ¡Y yo, que me consideraba ya como el mejor marido de Francia! Heme aquí otra vez soltero y dispuesto á empezar á hacer locuras. No me cogerá de nuevas, pero esta vez tendrán ustedes la culpa.

El amable calavera estaba ya resignado y consolado. ¡Parecía tan original la aventura! Además encontraba nuevo y delicioso el ser amigo, solamente amigo, de aquella linda muchacha, y veía que Pedro tenía lleno el corazón de un inmenso amor.

—De modo, dijo, que todo queda olvidado, ¿verdad, Boissier?

—Lo que no olvidaré nunca es la manera noble que has tenido de reparar... mi sinrazón.

—Ya ves que también los barones enseñan á sus hijos á ser buenos, aunque no les enseñen otras cosas.

Y le ofreció la mano riéndose. Aquella frase fué su única venganza.

—Y ahora, dijo un tanto perplejo, ¿se queda usted aquí, Graciana, ó se viene conmigo? ¿Quiere usted que me destaque yo como vanguardia?

—No, respondió Pedro, acompáñala. Yo soy el que se va. ¡Adiós, Graciana!, murmuró dulcemente.

—¡Adiós, Pedro! Ameme usted mucho...

—Con toda mi fuerza y toda mi vida.

—¿A pesar de todo?

—A pesar de todo.

Y Pedro se alejó, mientras Daniel decía:

—Sí, tiene suerte este mozo. Nunca me han dicho á mí cosas semejantes.

—Eso es que quiere usted que yo le elogie. ¡Habrá usted oído tantas cosas halagüeñas!..

—Pero éstas no se dicen más que una vez, y la gracia no está en decir las, sino en el tono en que se dicen. Jamás se ha empleado ese tono conmigo.

—Es que no habrá usted buscado donde era preciso.

—Y cuando caigo en donde debía, ya ve usted qué buena mano tengo.

Charlando de este modo llegaron á la Zarzalera.

—¡Ellos son!

—¡Ah, señora, qué buena pareja hacen!, decía el barón.

—¿Le parece á usted, Sr. de la Rochere?

—Mal gusto tendría si no me pareciese.

—Pero, hijos míos, ¡cómo han tardado ustedes! Es casi inconveniente...

—¿Qué cosas tan interesantes tenían ustedes que decirse?

Pero mientras Graciana parecía muy ocupada quitándose el sombrero, Daniel hacía á su padre unos gestos que el barón no comprendía.

Por fin se acercó á él y le dijo en voz baja:

—Vámonos cuanto antes.

—¿Por qué?

—Ya te contaré.

El barón, muy curioso, abrevió cuanto pudo los cumplimientos y los apretones de manos y se despidió, mientras Daniel decía alegremente y con una familiaridad de buen augurio:

—¡Hasta la vista, Graciana!

—¡Hasta otro día, Daniel!, respondió la joven en el mismo tono.

El barón pensaba: «Estos chicos están bien,» y ya á unos pasos de la casa, preguntó á su hijo:

—Vamos á ver, ¿por qué me has hecho escaparme tan de prisa?

—Porque todo ha fracasado, papá.

—¡Fracasado!.. Tú pierdes la cabeza.

—No, lo que acabamos de perder es la partida.

Y le explicó la aventura.

En la Zarzalera había empezado también la explicación tan temida como deseada por Graciana.

El Sr. Delestang fué quien inició la cuestión sin precaución diplomática alguna, mientras los abuelos aprobaban sonriendo.

—¡Qué buenas personas, estos La Rochere! El padre es muy amable y el hijo un guapo mozo, hay que reconocerlo. La raza es siempre la raza... ¿Sabes lo que han venido á pedirme, Graciana?

—Sí, papá. Daniel acaba de decírmelo.

—Está muy bien. Ha preferido hablar él mismo. ¿Y aceptas?

—No, papá... He rehusado.

—¡Has!..

A los tres se les escapó la misma exclamación, en la que no había aún más que asombro, porque no esperaban aquella respuesta después de la cordial y sonriente despedida de los dos jóvenes.

—¡Has rehusado!, dijo por fin el banquero. No hablas seriamente. Ese matrimonio nos conviene enteramente á todos. Como fortuna y como posición no puedes esperar nada mejor. Los padres son perfectos, el joven no puede desagradarte... Estáis en excelente armonía y vienes á decirnos con esa sangre fría, con esa tranquilidad... Pero, en fin, ¿por qué has rehusado?

—Porque Daniel, que me es en efecto muy simpático y que será siempre un buen amigo mío, no me conviene para marido. Así se lo he dicho, con los motivos de mi negativa, y él los ha comprendido y debe de estar haciéndose los comprender á su padre, sin despecho alguno ni la menor sombra de rencor contra mí, como habéis podido observar al tiempo de despedirnos.

—¡Pero estoy soñando ó esta chica ha perdido el juicio!, exclamó el banquero volviéndose hacia los abuelos, tan estupefactos como él... ¡Los motivos!.. ¿Qué razones le has dado? ¿Qué absurdos le has dicho?

Había llegado el momento crítico y Graciana apeló á toda su resolución.

—Le he dicho que amo á otro y que, por conse-

cuencia, no seríamos felices si nos casáramos. Daniel no lo ha encontrado absurdo.

Los labios de la joven habían temblado un poco mientras respondía así con voz tranquila, preparada ya á todas las tempestades.

—¡A otro! ¿Quién es?, preguntó violentamente su padre.

—Pedro Boissier.

—¡Ah! ¡Desgraciada niña!

El abuelo fué quien lanzó esta exclamación al oír aquel nombre que sonaba en sus oídos como un toque á rebato. ¡El enemigo! ¡Su nieta pretendía aliarse con el enemigo!

Delestang, que no había intervenido en aquellas historias y apenas las recordaba, preguntó:

—¡Pedro Boissier! ¿Quién es ese individuo?

—Esta chica está loca, gimio la abuela... Es el hijo de nuestro vecino..., de un hombre con quien hace muchos años estamos enemistados á muerte..., de un hombre que se ha portado con nosotros como un salvaje, como un malhechor.

—Un hombre, añadió trágicamente Girardot, que no tiene el sentimiento de la justicia ni el de la humanidad. No digo esto por mis cuarenta y seis nogales, pero nunca nos hizo más que daño cuando era alcalde y nos lo haría más aún si pudiera. ¡Oh! ¡Graciana! ¡Procurarnos esta humillación, esta pena!

—No se trata de Antonio Boissier, abuelo, dijo la joven muy pálida, sino de su hijo.

—Pero, en fin, exclamó el banquero, nervioso de cólera, ¿quién es ese hijo? ¿De dónde sale? ¿Qué hace? ¿Cómo le conoces?

—Ese hijo, respondió Graciana con entusiasmo, es el más noble corazón que se conoce. Es el desinterés, la generosidad y el valor personificados. Es un oficial de los más brillantes y con el más hermoso porvenir á la edad en que otros no son más que unos ociosos y unos inútiles. No tiene veinticinco años y está condecorado; y esa nobleza vale más que la que se encuentra en la cuna. El día de mi llegada á Saint-Romain me prestó un servicio heroico... No sonreirais al oír esta palabra si hubierais estado allí. Después le he vuelto á ver con frecuencia, con mucha frecuencia, y nos hemos conocido mejor.

—Esa es tu primera falta.

—¿Podía yo contaros eso? Sólo al oír el nombre de Boissier, os volvéis todos injustos y malos. Pero nosotros, los hijos, los nietos, que no tenemos odio en el corazón, no queremos eternizar vuestras disputas, que el tiempo hubiera debido apaciguar en vez de envenenarlas. ¡Qué son esas historias de nogales cortados y de alcaldías perdidas, para los que entonces éramos niños! Pedro y yo nos amamos y nos lo hemos dicho. Prefiero ser esposa de un oficial de hermoso porvenir que casarme con un amable desocupado á quien da lo mismo ser mi marido ó seguir soltero haciendo su vida de placeres. En vez de ese título de baronesa que os vuelve locos, quiero ser la señora de Boissier y seguir en esta clase media á la que todos nosotros pertenecemos.

—Pero, desgraciada, exclamó la abuela, aunque ese joven tuviera todos los méritos y todas las virtudes, bien sabes que jamás consentirá su padre...

—Sí, lo sabemos.

—¡Entonces!..

—Pedro no es un niño á quien se lleva de una oreja. Tiene voluntad, y si se le niega ese consentimiento, se pasará sin él.

—De modo que á pesar de su padre...

—Eso os evitará la aproximación que tanto os disgusta.

—Pero no te das cuenta de que un casamiento en esas condiciones sería un escándalo.

—¡Ah! Mucho menor que si también vosotros me causáis la inmensa pena de no aprobarle.

—¿Qué quieres decir?

—Papá, te lo suplico, escúchame sin arrebatarlo..., sin que ni el uno ni el otro digamos cosas que no están en nuestro corazón ni en nuestro pensamiento. Te juro que he hecho una elección reflexiva y que Pedro Boissier es digno de mi ternura y de vuestro cariño. Te juro que, si es posible la dicha en el mundo, con él seré dichosa, y que no puedo renunciar á esa felicidad sin motivo alguno razonable.

—¡Sin motivo! La enemistad de vuestras familias, la desaprobación de tus abuelos..., la deferencia que nos debes...

—Esas son vuestras razones, papá, pero no las mías. Me caso para la dicha ó para el dolor de toda la vida, y debo pensar en mí y no en vuestros rencores, que ocupan en vuestro corazón más lugar que el cariño hacia mí.

—En resumen; si me niego, ¿qué harás?

Graciana bajó la cabeza y dijo:

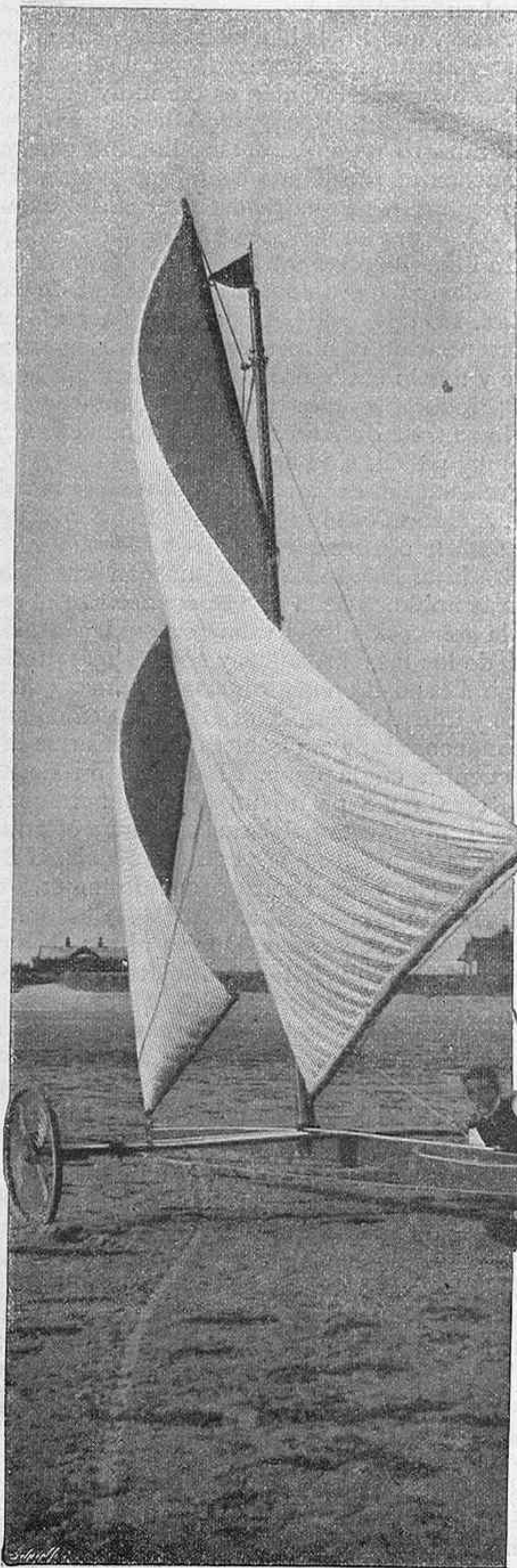
—Esperaré.

(Continuará)

BOTES DE VELA TERRESTRES

El último invento del deporte es el bote de tierra. Con unas cuantas tablas, tres ruedas y unas velas, los aficionados al deporte marítimo podrán, en lo futuro, jactarse de ser verdaderos marineros sin haber andado por el mar; porque en tierra podrán disfrutar de todos los placeres que puede proporcionar el navegar á la vela.

El bote de tierra no es uno de esos juguetes que sólo sirven para demostrar el ingenio y habilidad de



Navegar por tierra á la vela es un deporte sin peligro, si se va con cuidado. Las hijas pequeñas de Mr. Pedro Keary, que ha sido el primero en dedicarse á esa distracción, manejan perfectamente el bote terrestre.

los que los idean y construyen. Es un modo de locomoción enteramente nuevo, no sólo muy agradable, sino llamado á ser también dentro de poco de mucha utilidad práctica.

El navegar por tierra á la vela reúne las sensaciones y emociones que proporcionan el automóvil y el yate. Para el automovilista tiene la fascinación, siempre tan poderosa, de la velocidad, puesto que puede hacer de 30 á 50 millas por hora, si hay el viento necesario; y en cuanto al aficionado á navegar, experimenta la misma sensación placentera que si se fuera á la vela por un mar sin olas, si es que semejante cosa puede concebirse. Va reclinado á la sombra del mástil y de las velas; está á merced del viento, y experimenta la sensación de abandono y frenesí á medida que, impulsado por la fuerza del aire, va adquiriendo el bote mayor velocidad. Se ha de estar siempre ojo alerta, con una mano en la escota y la otra en la caña del timón, porque debe ser el objetivo principal correr evitando los obstáculos y las curvas demasiado pronunciadas.

El verdadero aficionado á navegar desdeña las comodidades; no vaya á creer que va á tenerlas si se

dedica á hacerlo por tierra. El más espartano quedará satisfecho; no le faltarán cabeceos ni balances, alguna que otra vez se verá lanzado fuera sobre la arena y tiene siempre la constante probabilidad de tropezar con algún obstáculo imprevisto, rocas, piedras, muros y Dios sabe cuántas cosas más, con todo lo cual quedarán compensados los peligros del mar que pueda echar de menos.

El bote de tierra está construído á semejanza del de hielo que se ve con tanta frecuencia en el Hudson y en otros ríos de los Estados Unidos, sólo que en vez de correderas lleva ruedas.

Lo forman dos vigas de madera cruzadas, una de unos 21 pies de largo y otra de 12. La más corta, que forma los brazos de la cruz, va sostenida por ruedas en sus dos extremos. La tercera rueda, que sirve para gobernar, va junto á la larga tabla de atrás y está unida á ella una caña de timón.

En la cubierta se alza el mástil, de bambú, de 16 pies de altura. El espacio destinado á las personas es pequeño, pero suficiente. Es una pequeña cuna que se balancea, colocada sobre la viga como á su mitad. Dos personas pueden acurrucarse en ella con comodidad, pero hay que tener cuidado con la cabeza á causa del movimiento de la botavara.

Antes de izar las velas, el bote parece una cureña de desmesurada longitud, pero con ellas se ve tan bonito y coquetón como cualquiera de los de agua.

Cuando ya está listo para salir, hay que arrastrarlo con cuidado hasta colocarlo en un punto á propósito para la partida, teniendo la precaución de no soltarlo de la mano, pues una repentina ráfaga de viento pudiera hacerlo echar á andar sin los pasajeros.

Se da la señal y se le deja suelto. Suponiendo que vaya uno solo, hay que seguir corriendo algunos metros, agarrado á la viga, al lado del bote en movimiento. Cuando ya la velocidad comienza á ser regular, se da un salto y se procura caer dentro de la cuna, que principiará á mecerse de modo alarmante; pero no hay que asustarse, no hay tiempo para ello, pues toda la atención debe fijarse en el arte, en el modo de dirigirlo.

El pasajero debe estar tendido en la cuna, sobresaliendo de ella únicamente un poco la cabeza y los hombros; ha de llevar constantemente una mano en la caña del timón, que va detrás, y no hay que moverla á ningún lado sino en el momento preciso en que se quiera cambiar de dirección.

Dándole vuelta con fuerza, el bote quedará parado en el acto.

El barco obedece perfectamente al timón y navega tan ceñido al viento como cualquier bote acuático.

Tal vez no exista una sensación tan excitante como una carrera á todo escape en

un bote de tierra; al principio, cuando la velocidad es moderada, se ve cómo corren furiosamente hacia atrás todos los objetos visibles, cabañas de pescadores, postes de telégrafos, peñascos, etc. Luego se hace mayor. Arena y piedrecillas de la playa le azotan á uno el rostro. Los curiosos, si los hay, miran con asombro, y tal vez se tenga tiempo de observar la mirada de taciturno desdén que dirige algún anciano pescador ó marinero. Otro grita, haciendo alguna advertencia.

Arrastrado por el viento, cuya fuerza se desconoce, con una velocidad que parece terrorífica, sin saber cuál será su suerte y sin experiencia que sirva de guía, uno se entrega al último recurso: á ver lo que salga. Si se tiene el valor de mirar hacia atrás al mismo tiempo que se vuela hacia adelante, se verá seguramente que el punto de partida está ya muy distante, que los amigos parecen casi invisibles puntos; también probablemente resultará que no se ha seguido una línea recta. El conservar la mano completamente quieta y firme en la caña del timón sólo se consigue á fuerza de práctica; así es que en el primer viaje se serpentea.

Casi siempre llega el momento de pánico, producido por diversas causas: unas veces por oír voces que recuerdan que hay gente en el mundo y que muy bien pudiera uno atropellarla; otras porque se deja la arena y se entra en un pedregal, y otras porque al sentirse mojado se recuerda que también existen charcos. Lo

cierto es que se tiene conciencia de que algo grave va á ocurrir. Entonces se recuerda que orzando se detiene el bote. Puede que se haga bien y se detenga, puede que se haga mal y sólo se consiga cambiar de dirección empeorando.

No puede negarse que al bote de tierra le aguarda un brillante porvenir. En donde haya grandes extensiones de arena será un pasatiempo muy agradable. Pero su importancia será grande en donde existan extensos desiertos, pues ese será el mejor sistema de locomoción que pueda emplearse para atravesarlos. Tal sucede en California, en el desierto de Mojave, que los mineros cruzan, dos en cada bote terrestre, atravesando una distancia de 9 millas de arena para ir y volver de sus trabajos.

VIVIAN CARTER.

EL SALTO DE LA CUERDA Y LA NATACIÓN

COMO EJERCICIOS

Un corresponsal del *British Medical Journal* ha expuesto en esta revista médica la opinión de que ninguna gimnasia de salón es comparable con el ejercicio que se practica saltando la cuerda, como en los lejanos días de la infancia.

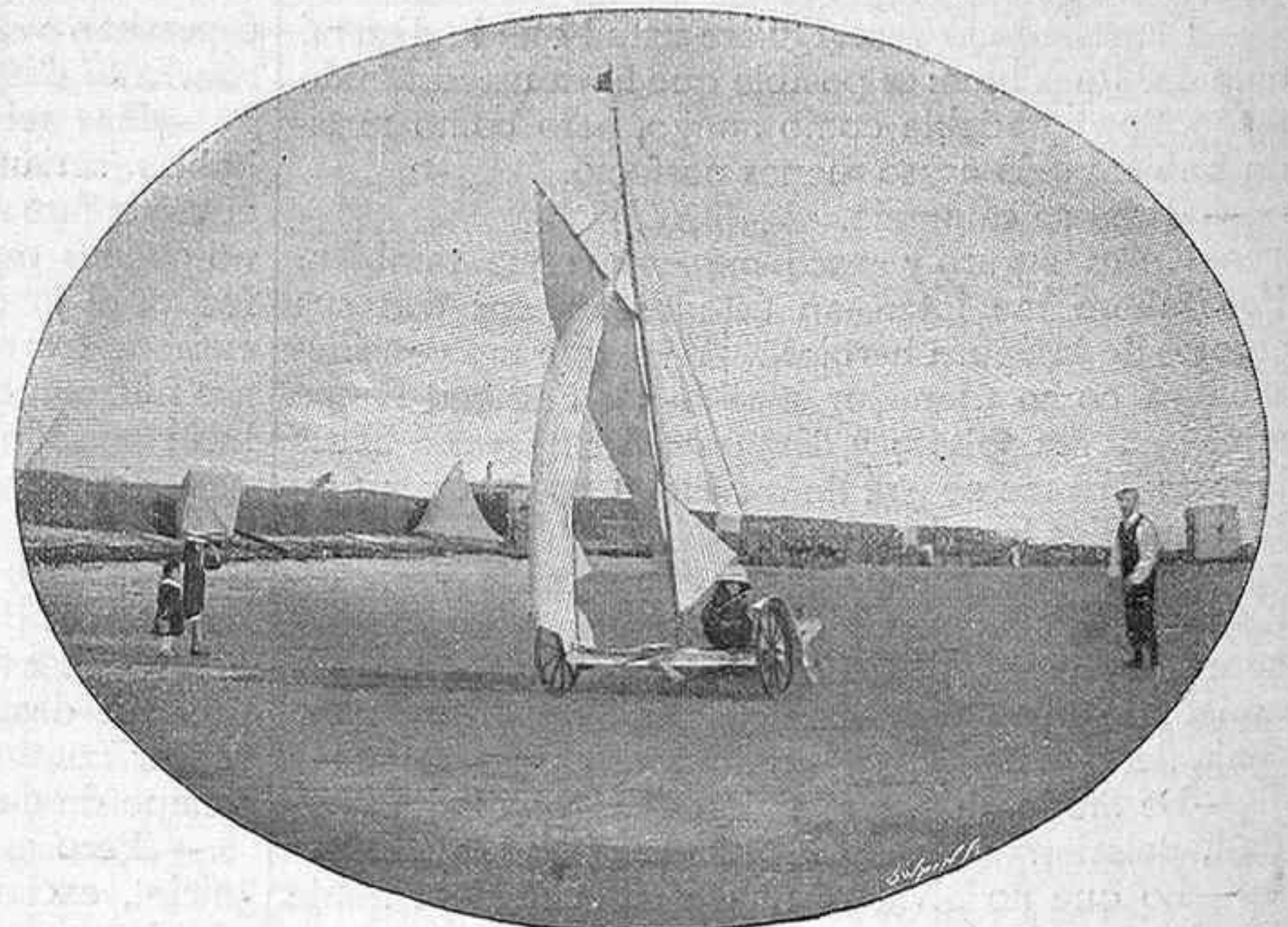
El salto de la cuerda, como pretexto para movimientos violentos, parece ser muy superior á cuantos medios han podido inventarse; y en realidad tiene grandes y positivas ventajas. En primer lugar, exige muy pocos gastos en concepto de instalación de aparatos, puesto que basta con disponer de un trozo de cuerda.

Cierto que para este ejercicio se necesita espacio y que en la mayoría de las casas no hay sitio para saltar libremente sin topar con algún mueble ú objeto de adorno; cierto también que el vecino del piso inferior puede quejarse si el aficionado al salto de la cuerda es pesado ó torpe, pues en este caso resulta más molesto que los que emplean los aparatos de caucho para el ejercicio del tronco y de las extremidades, que actualmente están de moda. Pero salvo estos inconvenientes, preciso es confesar que el salto de la cuerda constituye un excelente ejercicio, puesto que vigoriza las piernas, hace trabajar los músculos del abdomen, cosa muy conveniente para las personas propensas á la constipación; opera un masaje general de los órganos abdominales; hace circular la sangre en las vísceras, en donde de otro modo se entretendría fácilmente y sin provecho, retardando la eliminación de los productos de desasimilación, y finalmente ejercita los brazos y practicado con inteligencia ensancha el pecho y acelera el funcionamiento del corazón y de los pulmones.

En suma, es este un ejercicio muy completo, y en materia de ejercicios hay que dar la preferencia á los movimientos que desarrollan y hacen funcionar todas las partes del cuerpo.

¿Llegará á ocupar el salto de la cuerda en el interior de las casas el puesto que ocupa el *lawn-tennis* en los jardines? Tal vez sí: la moda tiene caprichos incomprensibles, y bien pudiera poner en boga una forma de gimnasia cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Fuerza es confesar, sin embargo, que el salto de la cuerda no da gran alimento al espíritu: el tennis, la pelota, el cricket y otros juegos ocupan la inteligencia y reclaman su intervención al mismo tiempo



Un bote terrestre con todo su velamen y en el que el navegante se halla en la posición debida, una mano en la caña del timón, la otra en la escota

que la actividad de los músculos, y esta circunstancia justifica el éxito que han tenido. El salto de la

cuerda, en cambio, deja al espíritu en reposo, lo cual es bastante fastidioso, porque el hombre, hasta en los juegos, necesita ocupar su inteligencia, pues de lo contrario obra como un autómatas, y el automatismo nunca puede ser una distracción.

La natación constituye un ejercicio excelente que pone en movimiento gran número de músculos; es además una distracción que hace más agradable el baño; y es, por último, una habilidad que puede llegar á ser muy útil.

Hay que hacer, sin embargo, algunas salvedades; así, no se crea que un nadador podrá prestar realmente un servicio, en caso de que alguien necesite de su auxilio, si antes no ha aprendido á nadar vestido, porque las ropas constituyen un gran obstáculo y es bueno conocer su importancia antes de lanzarse á socorrer á otro, si no se quiere aumentar el número de personas á quienes habrá que auxiliar.

En segundo lugar, la natación constituye un ejercicio violento, y sólo debe ser recomendada á las personas capaces de proporcionar el esfuerzo necesario. Los individuos muy flacos, muy delicados, que no tienen un volumen que facilite su flotación, habrán de mostrarse muy prudentes, y á los niños, por lo general delgados, no se les debe iniciar demasiado en los secretos del arte natatorio. Por esto es preciso comenzar por iniciarlos en seco, tendidos en el suelo, enseñándoles los movimientos necesarios para la natación.

El mejor nadador, de todos modos, debe mostrarse muy prudente, porque está expuesto á un peligro que nada permite prever, el calambre, que ha ocasionado muchas víctimas: este accidente unas veces produce un vahido que hace perder el conocimiento al nadador; otras le causa un dolor intenso, consecuencia de la fatiga, que paraliza los movimientos del corazón y determina un síncope fatal; y en algunas ocasiones es debido, según parecer de varios médicos, á un espasmo de la faringe, producido por la introducción en ésta de algunas gotas de agua.—X.

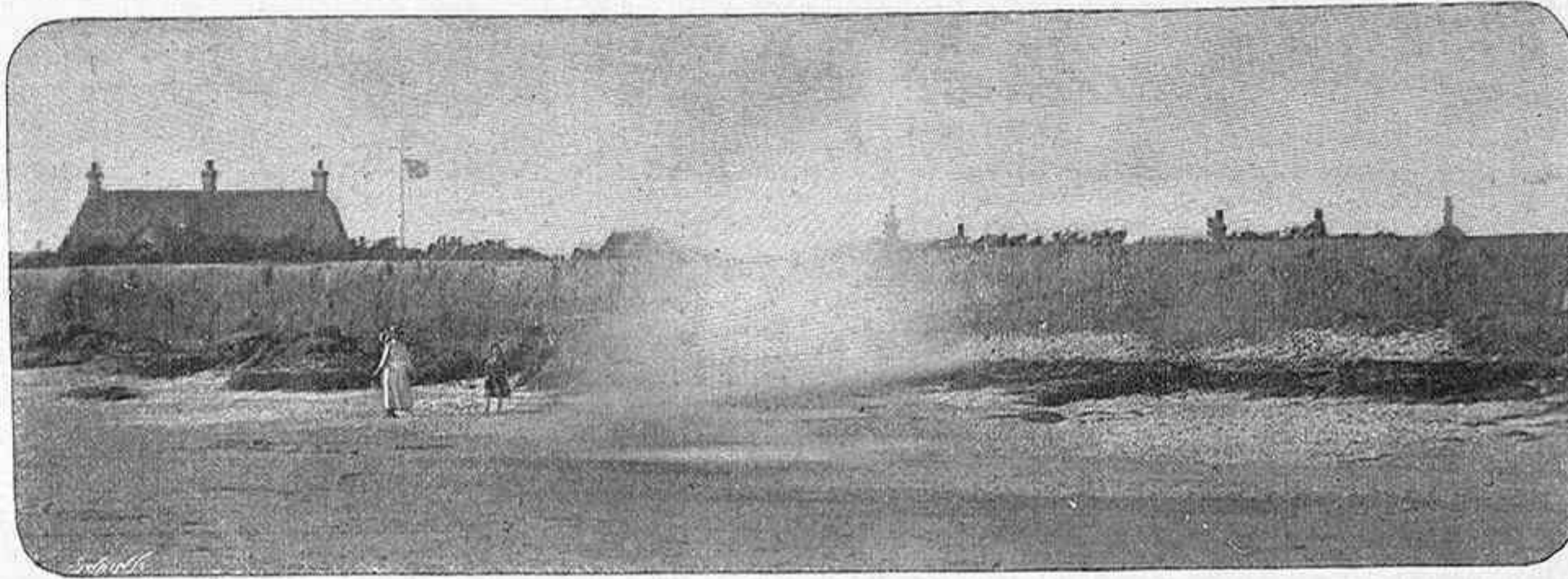
EL OLFATO DE LAS AVES

Los cazadores saben perfectamente que un gran número de cuadrúpedos de caza tienen un olfato tan

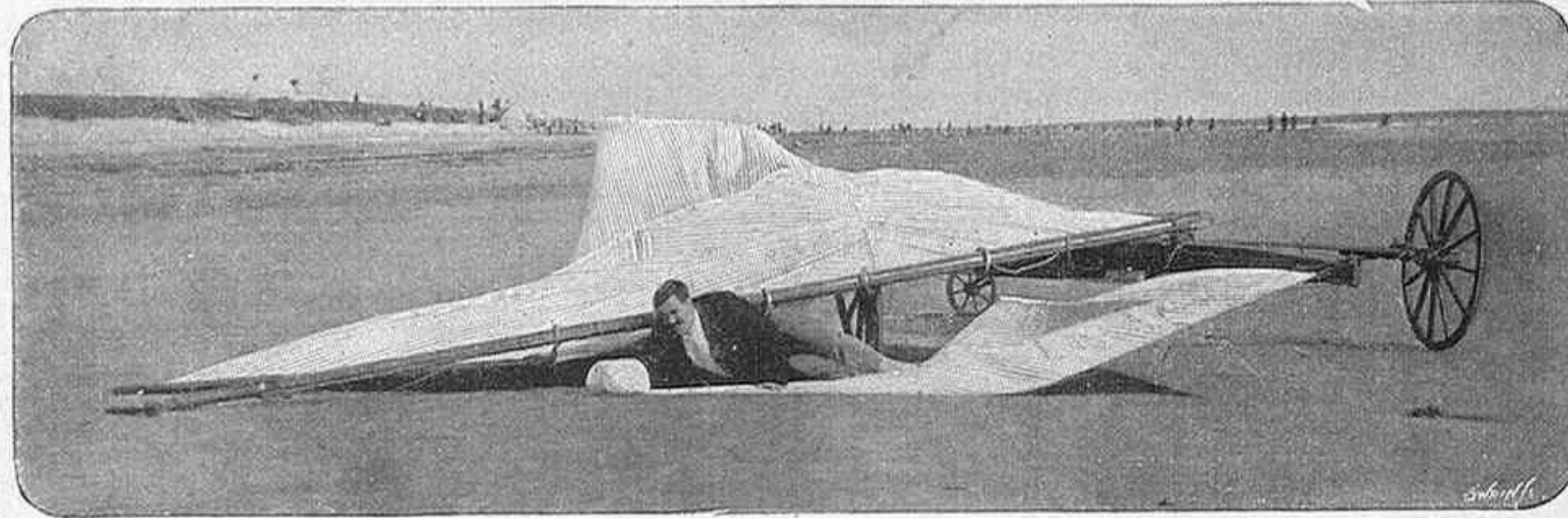
Audubon ha hecho sobre este particular varios experimentos curiosos que convendría no olvidar. Consistió el primero en proporcionarse la piel entera de un gamo común, la llenó de heno, y después de haber empajado así al animal, lo puso al sol hasta que la piel estuvo enteramente seca. Entonces dejó el gamo en medio de un campo, tendido patas arriba, como una bestia muerta que empezaba á descomponerse. Pronto se acercó un buitre que comenzó por dar picotazos á los ojos del simulado animal (dos trozos de barro endurecido pintados de blanco), y poco satisfecho de esta primera tentativa, desgarró el vientre, sacando de él un poco de heno, lo cual no le hizo tampoco maldita la gracia. Prosiguió el ave sus tentativas atacando al gamo empajado por distintas partes y siempre naturalmente con el mismo resultado, es decir, sin encontrar materia en donde clavar el pico para poder saciar su hambre. Entonces remontó el vuelo, pero cuando estuvo á cierta altura, divisó una pequeña serpiente, por lo que descendió de nuevo, mató el reptil y se lo comió. Después permaneció algún tiempo volando por aquellos sitios, dando vueltas alrededor de aquella presa que parecía auténtica y sin embargo no lo era, como si aún no quedara del todo convencido de que no se trataba de un animal de carne y hueso.

Otro experimento hizo Audubon para reforzar más su opinión y fué el siguiente: mató un cerdo y lo cubrió completamente con hierbas y ramaje de manera que el cuerpo del animal quedara perfectamente oculto. Pasaron por allí varios buitres y ninguno se detuvo, ninguno fué atraído por las emanaciones que despedía el animal, emanaciones que, en cambio, percibían evidentemente los perros.

De ambos hechos y de varios otros análogos que no citamos porque bastan los explicados para el objeto que nos proponemos, dedujo Audubon que no es el olfato el sentido que hace que los buitres descubran su presa, sino la visión, que en ellos alcanza un grado de desarrollo extraordinario; y lo propio pudiera decirse de otras clases de aves de presa.—S.



Fotografía de un bote terrestre á toda velocidad, unas 50 millas por hora, que es la de un tren expreso Los automovilistas deben patrocinarlo, porque su velocidad no tiene límite



Un vuelco, cosa que sucede con frecuencia al novato, ya por querer dar una vuelta muy pronunciada, ya por no gobernar bien; afortunadamente la arena es blanda

fino, que es imposible acercarse á ellos como no sea andando en dirección contraria á la del viento, de manera que éste no pueda llevar á la pieza los efluvios del cazador. Por lo que toca á las aves, las opiniones están divididas: en general se les concede sólo un olfato mediano y se toman menos precauciones contra la posibilidad de que este sentido sea utilizado para descubrir la proximidad del hombre; pero hay algunas que están dotadas de un olfato extraordinario, distinguiéndose entre ellas las que comen carne de animales muertos y en descomposición. Por el olfato descubren, al parecer, los buitres y sus similares los cadáveres de animales y de hombres con que se alimentan; pero este hecho no es tan indiscutible como afirman ciertos viajeros.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

INFLUENZA **RACHITIS**
ANEMIA **CLOROSIS**

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Es St.-Denís, 16

Esne y conserva el cutis limpio y terso

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO

MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

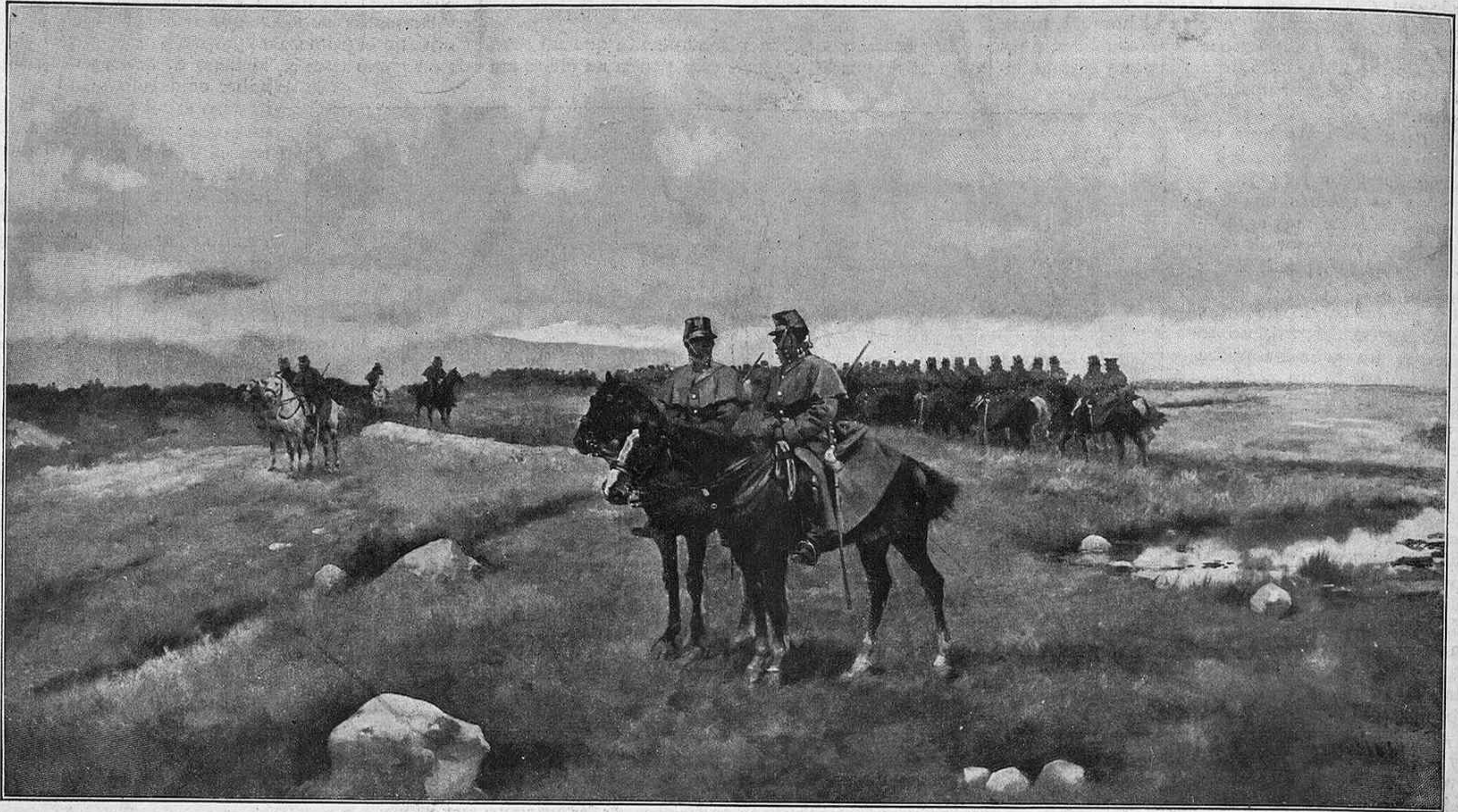
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espustos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Maniobras de caballería, cuadro de José Cusachs

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Siete Medallas de ORO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

AVISO A LAS SENORAS

EL APOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que más le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Reumáticos y Gotosos!
Tratado curatos con la Legítima

PISTOIA PLANCHE

(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

F^{ca} PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOYZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^{rg} St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN